MUÑECOS DE MUERTE

MARCUS SIDEREO

BOLSILIBROS

BERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

El hombrecito era un ente insignificante. Normalmente cuidaba de recoger los desperdicios de los laboratorios y acarrearlos hasta la gran trituradora que los convertía en un polvo que posteriormente era remitido a la zona de desperfectos.

El hombrecito se había librado por momentos de perecer en la gran explosión y ahora era objeto de las más dispares preguntas por los miembros del comité de investigación, de la que formaba parte el jefe de servicios.

Fue éste quien lanzó la pregunta…

Marcus Sidereo

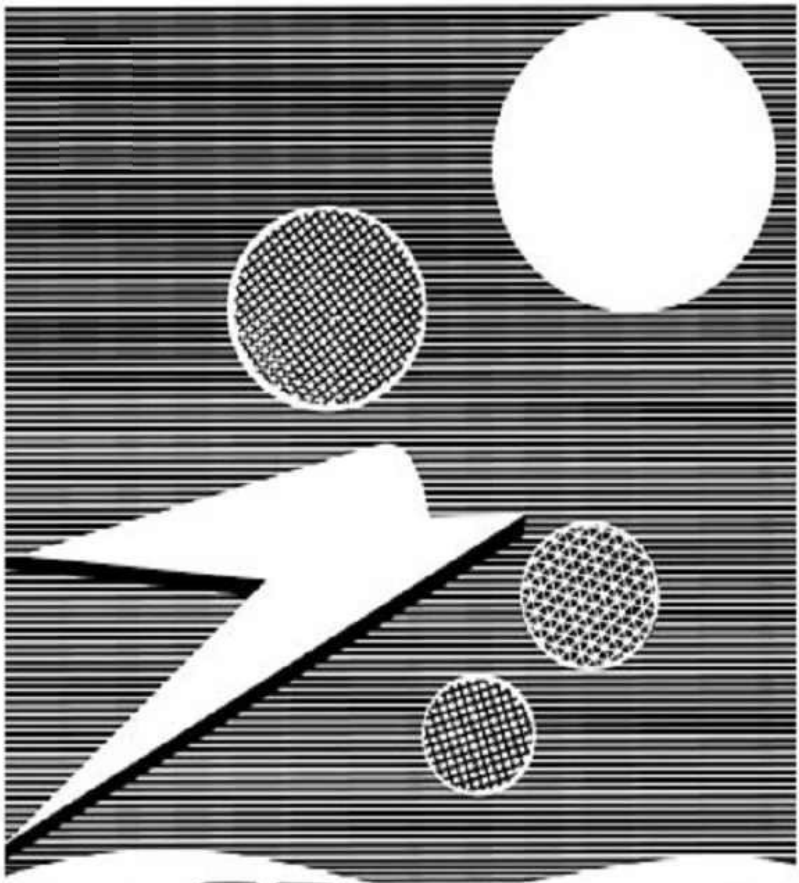
Muñecos de muerte

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 10

ePub r1.0
xico_weno 15.09.15

Título original: *Muñecos de muerte*
Marcus Sidereo, 1970

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

—De sus amigos de Cirro, profesor Colombers —sonrió el repartidor.

Todo el mundo en la ciudad de estudios conocía al que llamaban comúnmente el Mensajero. Era un tipo alegre y jovial que repartía los envíos llegados de más allá del planeta, cuando se trataba de lugares con los que no se podía comunicar con los medios habituales.

El profesor Colombers tomó el paquete que le entregaban y correspondió a la sonrisa del Mensajero.

El envoltorio no era superior al de una caja de zapatillas de laboratorio. Iba cuidadosamente embalado y sujeto con cinta adhesiva.

Colombers, una vez cerrada la puerta de su celda en el laboratorio que dirigía en la ciudad de estudios, examinó el paquete.

No contenía ninguna marca especial e ignoraba quién podía remitírselo.

Se sentó tras su mesa recauchutada y lo desenvolvió cuidadosamente.

Mientras, en su domicilio particular de la zona residencial, su hija Sharma luchaba con el computador electrónico que se había averiado.

La avería de uno de aquellos artefactos resultaba un problema porque paralizaba todo el sistema automático de la casa.

El control del tiempo quedaba automáticamente detenido y no había forma humana de saber la hora solar. El fono-visor quedaba totalmente inservible y no se podía comunicar con el exterior; tampoco funcionaba la pantalla televisora y no había forma de conocer las últimas noticias.

Sharma no tuvo más remedio que utilizar el anticuado fono-

simple, pero no le gustaba porque con el viejo aparato nunca había forma de saber la persona con la que se hablaba.

Resignada pulsó un botón e inmediatamente sonó el contacto al otro lado del cable.

La voz de su padre sonó algo emocionada.

Tenía abierta la caja y examinaba verdaderamente abstraído el contenido de la misma.

—Hola, pequeña. Celebro que me hayas llamado. Hoy tal vez me retrase un poco. No me esperes.

—¿Otra vez el trabajo, papá?

—Es distinto, Sharma. Acabo de recibir un obsequio muy interesante de Cirro.

—¿Cirro?

—Sí, querida. De Cirro. Parece que han captado nuestros mensajes y este presente es la respuesta más expresiva.

—¿Qué clase de obsequio es?

—Algo realmente fascinante, Sharma. Te lo mostraré en cuanto regrese, pero quiero hacer unas averiguaciones. Si es lo que yo creo se trata de algo realmente sensacional, lo que demostraría que en Cirro están más adelantados que nosotros.

—Bueno. Si lo que te proponías era intrigarme lo has conseguido.

—¡Oh! En cuanto lo veas tal vez te lleves una decepción. Dirás que ya no tienes edad para jugar con estas cosas.

—Pero quieres decirme qué es.

—Se trata de…

Sharma no pudo oír el resto. Para colmo de los males la comunicación del fono-simple se cortó, y la muchacha, haciendo un mohín de contrariedad, pulsó nuevamente el timbre con insistencia.

—Papá, papá…

—¿No estabas escuchando, Sharma? ¿Qué es lo que ocurre? ¡Oh! Ahora me doy cuenta de que no llamas por el fono-visor.

—Por eso te llamé. Se ha estropeado el computador general, y no encuentro por ninguna parte el destornillador. Supongo que como siempre será una de las válvulas.

—¡Ah, sí! Me lo llevé yo, hija. Bueno. Haré que alguien te lo envíe. Ya te dije que iré tarde. Adiós, hija. Esto es muy interesante.

El profesor colgó y la muchacha se quedó con las ganas de saber

la clase de regalo que le habían enviado a su padre.

De primera intención quiso volver a pulsar el timbre, pero pensó que no valía la pena distraer a su padre para preguntarle lo del regalo. Después de todo lo sabría aquella misma noche.

Se dirigió a la caja del computador y la cerró de un golpe.

La cerradura hermética también se había estropeado y la puerta metálica bamboleó de un lado a otro sin cerrarse.

La joven lanzó un bufido.

—¡Bah! ¡Tanto perfeccionamiento y mira esto!

El zumbido anunció que alguien estaba en la puerta, y Sharma sacó de uno de sus bolsillos el control para abrir la puerta de entrada que se corrió a un lado para dejar paso a un hombre alto, de buena complexión atlética, vestido con el traje metalizado de los pilotos.

—¡Renni! —exclamó ella olvidándose momentáneamente de sus pesares.

—¡Hola, encanto! Tengo que partir dentro de muy poco. Un viaje de reconocimiento.

—¿Hoy también?

—¿Qué quieres? Baly se ha puesto malo a última hora. Otra vez con sus dichosos mareos.

—¿Por qué se hizo piloto?

—Bueno. Eso le pasa a cualquiera y él es un novato todavía. No ha asimilado la vacuna antivértigo. Es cuestión de poco tiempo.

—Creí que hoy vendrías a cenar con nosotros, pero está visto que tengo que quedarme sola.

—¿Y tu padre?

—Le han mandado no sé qué de Cirro. Un juguete o algo así.

—¿Un juguete?

—Eso creí entender.

—¡Oh! ¡De Cirro! —Exclamó el piloto cayendo en la cuenta—. Pero si ese lugar no está apenas explorado.

—Él tuvo unos contactos con el nuevo sistema de larga distancia. Creyó que había fracasado porque sus mensajes no tuvieron contestación, pero por lo visto hoy la han tenido.

—Bueno, Sharma. No puedo entretenerme. Me esperan en la base. Hasta pronto.

—¿Cuándo regresarás?

—Si no ocurre nada ya sabes que son tres días. El reconocimiento acostumbrado y vuelta a casa.

El piloto besó a la hija del profesor y se marchó.

Apenas Renni había salido, llamaron nuevamente.

Cuando ella abrió, en la puerta apareció un joven conocido.

Era uno de los mecánicos de la sección de su padre en la zona de estudios.

—Me envía tu padre para arreglar ese computador.

—¡Qué rapidez!

—He venido con el nuevo «deslizante». Es una maravilla. Te gustaría probarlo.

—Entonces tengo una idea. Cuando regreses, llévame contigo. Así veré qué es eso tan misterioso que ha recibido mi padre. ¿Lo has visto tú?

—No sé de qué me hablas. El profesor me habló a través del fono-visor.

—Entonces hecho. Date prisa.

El joven sacó de su pequeña maletita un artefacto largo y puntiagudo con mango metálico. Se acercó a la caja, pulsó un botón del mango y emitió una onda.

Rápidamente lo que aparentemente parecían simples tomillos salieron de los respectivos agujeros quedando sujetos por una rebaba. El aparato libre de cada uno de los cuatro pivotes que lo sujetaban mostró sus entrañas.

El mecánico sonrió.

—Es la dichosa válvula-madre. Debe tener un defecto de fabricación. La repararé en un momento.

Utilizando nuevamente el destornillador sacó la válvula, la examinó un momento, manipuló unos instantes y la colocó de nuevo.

En breves minutos todo volvió a funcionar con normalidad, y la gran pantalla televisora que precedía la salita ocupando todo el entrepaño se iluminó.

—Ya no te aburrirás. ¿Vienes conmigo?

—Espera. Intentaré conectar con el laboratorio de papá.

—Si no le avisas tendrá cerrada la cámara —repuso el mecánico.

Con el control remoto ella hizo que la pantalla reflejara la zona de estudios con sus edificios simétricos y bien alineados.

—Y pensar que dentro de esas paredes se idean tantos artefactos… —murmuró Sharma.

Apenas terminó de decirlo la pantalla cambió totalmente de color.

Un amarillo intenso como tina enorme nube de humo lo cubrió todo al mismo tiempo que el altavoz emitió un sonido extraño, apagado, como una explosión.

—¿Qué es esto? —inquirió ella agrandando los ojos con temor.

—No sé… —musitó el mecánico.

Lentamente la pantalla recobró su color normal, mientras el fono multiplicaba el ruido.

Ya no cabía la menor duda de que se trataba de una explosión.

Cuando aquella mancha amarilla hubo desaparecido por completo, la imagen que emitía la pantalla era algo horrendo.

—¡No! —exclamó la joven aterrada.

De todo el sector de edificios simétricos que formaban parte de una de las cuadras de la zona de estudios, no quedaba en pie ni una sola edificación.

—¡No! —repitió ella casi sin aliento.

—¡Es monstruoso! ¡Increíble! —balbució el mecánico.

—El… laboratorio de papá —pudo decir ella con un pronunciado temblor—. ¡Ha desaparecido! ¡Ha desaparecido!

Y luego, con un grito que salió de lo más profundo de su ser, exclamó:

—¡Papá! ¡Papá!

CAPÍTULO II

Toda la zona era un ingente montón de ruinas. Las paredes metálicas se hallaban completamente destrozadas. La techumbre se había venido abajo y todo el material recauchutado lo había consumido el fuego.

El servicio de urgencia de cataclismos y catástrofes nada podía hacer.

Los cadáveres de la gente que laboraba dentro de aquel grupo de edificaciones yacían destrozados o carbonizados.

El jefe de servicios al inspeccionar el lugar no daba crédito a lo que estaba viendo.

—No poseemos ninguna arma capaz de causar tantos destrozos, ni ninguno de nuestros técnicos trabajaba con nada tan poderoso. Estos edificios estaban construidos a toda prueba. No comprendo lo que ha podido ocurrir —decía el jefe.

Sharma había quedado como anonadada. Miraba en derredor sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Le costaba hacerse a la idea de que entre aquel ingente montón de escombros estaba el cadáver de su padre o… lo que quedaba de él.

Uno de los agentes de servicio pasó el último informe.

—En mi ronda de la última hora no vi nada anormal, señor. Todo funcionaba perfectamente.

—¡Vayan a la sección de explosivos a averiguar si alguien ha enviado algo para hacer alguna prueba! Pero aun así no concibo cómo ha podido ocurrir —dijo el jefe de servicios.

Dos hombres salieron hacia el departamento de explosivos situado a las afueras de la ciudad.

El agente seguía diciendo:

—Ha sido horrible, señor. La explosión pareció salir de las profundidades del planeta y luego todo se volvió de un color amarillento.

—Lo he visto por la pantalla y me ha costado creerlo —replicó el jefe de los servicios.

El mecánico se aproximó a la muchacha.

—Vamos, Sharma. Te acompañaré a casa.

Ella se negaba a abandonar el lugar.

—Apártense todos —dijo uno de los técnicos—. No sabemos de qué se trata y es necesario investigar. Es evidente que ese color amarillo que todos han visto sea producido por gases y necesitamos saber si la atmósfera está contaminada.

Ella todavía seguía allí. El mecánico consiguió apartarla murmurando:

—Aquí ya no puedes hacer nada, Sharma. Vamos, vamos.

A duras penas ella se dejó conducir. Sus ojos habían quedado como paralizados, mirando hacia un punto indeterminado.

—¿No está Renni? —preguntó el mecánico, ya de vuelta al hogar de la muchacha que ahora sí se sentiría más sola que nunca.

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, Comunicaré con él. Si no está de servicio es posible que le permitan regresar. Hablaré con la base.

El mecánico se dirigió al fono-visor y comunicó con el jefe de pilotos de reconocimiento.

Habló durante varios momentos sin que Sharma pusiera la menor atención a sus palabras.

Cuando el mecánico terminó de hablar informó:

—Todo solucionado. El jefe es muy comprensivo. Dijo que inmediatamente daría la orden a Renni para regresar. Bueno. Si quieres que te haga compañía.

—No… No, gracias.

—Lamento lo ocurrido, Sharma. De verdad. Tu padre era un gran hombre, pero ya nada podemos hacer.

—Gracias por todo —replicó ella.

El mecánico observó durante unos instantes a la muchacha, pero al fin abandonó su casa.

Distraídamente, al pasar su mirada por uno de los muebles, observó que el mecánico había dejado el destornillador, aunque en realidad la muchacha ni siquiera sabía lo que miraba.

Escuchó el zumbido resonar por la estancia y automáticamente pulsó el control remoto que abría la puerta.

No había nadie.

Asomó un instante y vio que la plataforma elevadora estaba vacía.

¿Cómo había podido sonar el zumbador?

Ni siquiera se formuló la pregunta. Volvió a pulsar el control y la puerta se cerró.

Sin embargo, notó que el zumbido persistía.

¿De dónde procedía?

No podía ser ninguno de los dos fonos, y fue entonces cuando observó que las señales procedían del destornillador. De la punta surgían las pequeñas ondas.

Pensó que había un contacto y se apresuró a cortarlo, pero comprobó que el destornillador estaba perfectamente cerrado.

Sin embargo seguía emitiendo ondas.

Por un instante olvidó los últimos sucesos. No estaba en situación de pensar, pero lo hizo.

Si un objeto metálico emite ondas de determinada frecuencia sin ser manipulado, la razón está en que de cualquier otro lugar un aparato similar emite en la misma longitud de onda. Por lo menos tal era el sistema que regía desde la invención de la transmisión por ondas.

Intentó detener aquel zumbido, pero le fue imposible.

Sharma sentía que la cabeza le iba a estallar. El zumbido se le antojaba cada vez más fuerte.

Agitó el destornillador, pero continuó emitiendo aquel sonido que a la muchacha le parecía algo alucinante.

Desesperada arrojó el destornillador contra la pared.

Repentinamente el objeto estalló y ella sintió un escalofrío.

Después se produjo el más absoluto silencio.

CAPÍTULO III

El hombrecito era un ente insignificante. Normalmente cuidaba de recoger los desperdicios de los laboratorios y acarrearlos hasta la gran trituradora que los convertía en un polvo que posteriormente era remitido a la zona de desperfectos.

El hombrecito se había librado por momentos de perecer en la gran explosión y ahora era objeto de las más dispares preguntas por los miembros del comité de investigación, de la que formaba parte el jefe de servicios.

Fue éste quien lanzó la pregunta:

—Según nos ha dicho, usted abandonó la zona sólo unos momentos antes de producirse la explosión.

—Sí, señor. Así fue. Estaba en la gran plaza cuando el suelo pareció temblar y todo quedó envuelto en aquel polvo amarillo. Creí que los tímpanos iban a estallarme.

El interrogador hizo un ademán para cortar su comentario, y seguir preguntando:

—Antes de salir del edificio donde se encontraba. ¿Notó algo anormal?

—¿Anormal?

—Sí. Quiero decir si a su juicio pensó que algo no iba bien. Usted va allí todos los días. Está familiarizado con el ambiente.

—¡Oh, sí! —replicó el vejete sonriendo—. Sí, muy familiarizado. Conozco a todos los… Bueno… quiero decir que conocía a todos los que trabajaban en la planta. Ha sido una desgracia. Una terrible desgracia.

El interrogador se impacientó.

—¡Sí, ha sido una desgracia! Y estamos tratando de averiguar las causas y usted puede ayudamos, Chikaw.

—¿Yo? —El vejete nunca se había sentido tan importante como en aquellos momentos.

—Sí. Usted fue el último en salir con vida de allí. Momentos antes lo había hecho un mecánico al que el profesor Colombers envió a casa de su hija para arreglar un computador.

—¡Ah, sí! También conozco a ese mecánico. Es Petras. Un gran chico.

—No divague, Chikaw, por favor. ¿Qué vio usted? ¿Qué oyó usted antes de salir de la zona? Piense, Chikaw.

El vejete parpadeó. O no comprendía o realmente no había escuchado, visto o presentido nada anormal.

Otro de los miembros del comité de investigación tomó la palabra para espetar.

—Es inútil. Ese sujeto no sabe nada. Creo que nunca sabremos la verdad de lo ocurrido.

El jefe de servicios objetó:

—Es imposible. Algo tuvo que suceder.

Otro de los miembros lanzó una suposición:

—¿Y si el ataque procedió del exterior?

—¡Imposible! —Exclamó el ingeniero jefe de la base de detectores—. Nuestros aparatos no registraron nada anormal. No se aproximó ninguna posible nave de otro planeta.

El jefe de servicios se tornó pensativo. Le abrumaba aquella tarea por lo improbable que parecía todo, por lo misterioso, por la forma de producirse.

—Muchos hombres han muerto. Toda la zona de investigación se ha volatilizado y no tenemos la menor pista. Nuestros sabios nos tenían al corriente de sus investigaciones y ninguno de ellos ofrecía peligro suficiente para prever tal catástrofe. ¡Es necesario que sepamos lo que sucedió realmente! ¿No se dan cuenta que en cualquier momento otra zona puede volar?

Se produjo un sepulcral silencio. Todos meditaban las palabras del jefe de servicios.

El mecánico Petras, que mientras se producía la explosión terminaba de arreglar el computador en el hogar de la hija del profesor Colombers, se aproximó a la gran mesa donde se hallaban sentados los cinco miembros del tribunal investigador.

—Señores, una vez más tengo que decir que cuando salí de la zona todo funcionaba normalmente. Era una jornada de trabajo como otro cualquiera. Cuando presencié la catástrofe desde la

propia casa del profesor no daba crédito a mis ojos.

—¡Un momento! —Cortó el jefe de servicios—. Colombers era quien estudiaba las pruebas de la zona de material bélico. ¿Sabe si estaba trabajando en algo especial?

—No, señor. Además, no le vi. Se comunicó conmigo por el fono-simple. Creo que estaba bastante atareado. Sharma me dijo que había recibido un regalo de Cirro.

—¿Un regalo? —preguntó el jefe arqueando las cejas con cierta extrañeza.

—Sí. Eso dijo.

—¿De Cirro?

—Últimamente parece que intentaba establecer comunicación con Cirro por medio de ondas. Transmitió según el código de señales y al parecer la respuesta fue ese envío. Es todo lo que sé.

El jefe se puso en pie.

—Llamen inmediatamente a Sharma. Quiero aclarar este punto —repuso el hombre.

CAPÍTULO IV

Los deslizadores del servicio de socorro marchaban a toda velocidad haciendo sonar la sirena.

Desde las terrazas de las viejas casas con vistas al exterior la gente asomaba cariacontecida. Eran muchos los que a través de las pantallas habían sido testigos de la nueva explosión.

Una de las nuevas zonas residenciales había estallado envuelta en un polvillo amarillento, denso, impenetrable.

Dos explosiones en dos días con la destrucción total de dos núcleos de edificios eran algo para alarmar a cualquiera.

Nadie se explicaba el origen de aquellos sucesos y todo el mundo requería información.

Los fono-visores funcionaban sin cesar. Los encargados de la central de información no podían dar la menor noticia al respecto.

—Lo sentimos. Ninguna información.

—Cuando se sepa algo, se les pondrá al corriente.

—No pregunten, por favor.

Y los zumbidos intermitentes del fono seguían llamando incesantemente en busca de noticias que nadie podía dar.

El jefe de servicios se personó en el lugar del siniestro.

El aspecto de la zona residencial ofrecía la misma apariencia que el de los edificios de la zona de estudios.

No quedaba nada en pie.

Los que presenciaron la explosión de cerca manifestaron aturdidos:

—Empezó de pronto como si el suelo temblase, luego ese tremendo estallido y la nube de polvo amarillo.

—Fue algo horrible.

—¿Cómo pueden suceder estas cosas?

Seguía sin haber respuesta a las preguntas.

—Haga una lista de todos los seres que vivían en la zona —

ordenó el jefe de servicios a uno de sus ayudantes.

—Sí, señor.

—Por cierto, el doctor Salko también vivía aquí, ¿verdad?

—Sí, señor. Creo que sí.

—Humm. Bien, bien. —Y el jefe de servicios se dirigió a la guardia para que despejara a la gente.

—Que se vayan a sus casas. No tienen nada que hacer aquí, y todavía no hemos podido averiguar si ese polvo es contaminador. Nos hallamos ante algo totalmente desconocido.

La gente fue dispersada. Todos continuaban con ganas de saber.

De algún lugar un zumbido persistente emitía una señal.

El sonido pareció subir de tono y el jefe de servicios buscó a uno de sus subordinados.

—¡Cierren ese aparato! —ordenó.

—No tenemos ningún aparato conectado, señor —informó el subordinado.

—¿De dónde procede ese ruido?

—No sé…

—Busquen. Averigüen qué es eso.

El grupo de salvamento y socorro buscaba entre los escombros calcinados donde con los restos de los materiales metalizados de construcción podían hallarse trozos de cadáveres que no habían sido volatilizados por la explosión.

El zumbido persistía, cada vez más fuerte.

La gente del jefe de servicios buscó junto a la brigada de salvamento.

—Viene de allí —señaló uno de los hombres indicando un montón de escombros.

Tres o cuatro hombres se acercaron y comenzaron a retirar piezas enteras de metal carbonizado.

El zumbido estaba más próximo.

—¿Qué puede ser esto? —murmuró uno.

El jefe se aproximó al grupo.

—¿Han encontrado algo? —inquirió.

—Está ahí debajo, señor —replicó uno de los que buscaban el aparato emisor de aquel zumbido.

—Dense prisa. Debe tratarse de algún transmisor.

Al remover los escombros, uno de los hombres extrajo del fondo

un pequeño artefacto.

Era un objeto conocido por todos.

—Es esto, señor —dijo.

El jefe de servicios lo tomó entre sus manos y lo examinó con curiosidad.

El zumbido se hizo más fuerte, más potente.

—Es extraño —murmuró el hombre—. Esto es un simple destornillador…

CAPÍTULO V

—¿Qué hay de la hija de Colombers? —preguntó el jefe de servicios de vuelta a su sede central.

Un subordinado le informó:

—Han ido a buscarla, señor.

—Bien. En cuanto llegue que me avisen. Ahora póngame con los del laboratorio de emergencia. —La nueva orden iba dirigida a un operador a través de la centralita del fono-visor.

Cuando le fue comunicada la señal, en la pequeña pantalla apareció el rostro de uno de los técnicos del laboratorio de emergencia de la ciudad.

—Dígame, señor.

—¿Qué hay de ese destornillador? —preguntó el jefe de servicios.

—Siguen examinándolo, señor. De momento no parece que haya nada anormal.

—¿Cuánto tiempo necesitan? ¿No se dan cuenta de que se trata de una cuestión urgente?

—Un momento, señor. Avisaré al ingeniero-jefe.

Momentos después, el rostro de otro hombre aparecía en la pantalla y daba la información.

—Se trata de un destornillador corriente. No hay nada anormal. Simplemente el metal ha captado una onda de la misma frecuencia de las usuales en la ciudad y es por ello que ha emitido un zumbido. No existe otra explicación. Lo hemos comprobado. Cualquier transmisor, al ponerlo en onda, hace funcionar el destornillador, igual que si se pulsara el botón electrónico que lleva consigo.

—Que yo sepa esto nunca había sucedido antes de ahora —repuso el jefe.

—Es posible que no lo sepamos, señor, pero se puede preguntar a la gente por medio de la pantalla.

—¿Lo cree necesario?

El del laboratorio se encogió de hombros.

—En circunstancias normales no lo creo, señor. Es un fenómeno normal. De hecho, el destornillador viene a ser como una antena que funciona por medio de ondas.

Hizo una pausa y después de pensar irnos instantes añadió:

—La verdad es que no parece ser la causa de tales explosiones. No tendría sentido, para ello sería necesario que un artefacto provisto de antena con frecuencia de onda igual a la del destornillador hubiese sido colocado en estos sitios y manipulado a distancia.

—Ya… —murmuró el jefe pensativo.

—De cualquier forma parece más lógico que la señal la diese antes de la explosión, y no después.

—Investigaré sobre esto. Gracias. Cierro.

El jefe de servicios, inmediatamente se puso en contacto con otro departamento y recabó:

—Deseo que busquen y me traigan inmediatamente a Chikaw.

—¿Al encargado de los desperdicios? —preguntó el hombres que atendió a la demanda del jefe.

—¡Al mismo! Dense prisa.

* * *

Chikaw, el hombrecillo insignificante, sonrió al hallarse en presencia del jefe de servicios.

—Si cree que puedo serle útil, pero ya dije todo lo que sabía, señor.

—Quiero que recuerde una cosa, Chikaw.

El vejete paseó la mirada por la habitación de paredes metálicas, frías, ligeramente brillantes, iluminada por aquellos puntos circulares de luz rojiza.

—¿Qué he de recordar, señor?

—¿Escuchó usted algún zumbido especial cuando estuvo en el laboratorio de la zona de estudios?

—¿Un zumbido? —preguntó el vejete intentando recordar.

El jefe manipuló un transmisor y buscó un punto donde emitiera el sonido habitual de las ondas.

—Algo parecido a esto.

—¡Oh! Sí, señor. Allí es frecuente oír esta clase de sonidos. Los profesores siempre se hallan en contacto con alguien. Bueno, quiero decir que se hallaban…

—Sí, claro. Debí suponerlo. Pero… En fin, nada más, Chikaw, puede usted retirarse.

—Me gustaría ayudarle, señor. Toda la ciudad está por las calles. Perece que la gente siente miedo de meterse en sus casas, todos se preguntan qué zona será la próxima.

—Comprendo, Chikaw. Ande, váyase. Tengo mucho trabajo, y no dude de que estamos haciendo todo lo posible para averiguar las causas de lo sucedido.

El hombrecillo dejó la gran sala de la sede gubernamental del jefe de servicios que al quedarse solo, volvió a manipular el fonovisor para ponerse en contacto con la central de emisiones y recepciones.

—¿Qué hay de la hija de Colombers?

El informante replicó:

—Todavía nada, señor. Llamaré a su casa.

—Sí. Llame inmediatamente. Necesito hablar con ella. De momento tal vez sea la única persona que pueda facilitarnos algún dato importante sobre lo ocurrido.

CAPÍTULO VI

—Lo siento, Sharma —dijo el piloto Renni, momentos antes de que el jefe de servicios recabara la presencia de la hija del profesor.

Sharma todavía no se había repuesto del golpe recibido la jornada anterior.

Ni siquiera la presencia de Renni logró consolarla.

—Ve a cumplir con tu deber, Renni —musitó ella, sin moverse de su asiento.

Estaban en la casa de la muchacha, que ahora le parecía completamente vacía.

—Tengo que salir para una misión normal, pero tan pronto regrese volveré a tu lado.

Ella asintió.

Renni la besó como de costumbre.

—Hasta pronto.

Ella quedó sola de nuevo.

Después de pasear unos instantes indecisa puso contacto a la gran pantalla, donde un locutor estaba pidiendo calma.

—No se dejen dominar por el pánico. Estamos bien organizados. Es cuestión de momentos averiguar las causas que han producido esos siniestros. En cuanto los técnicos consigan saber los motivos se pondrá remedio. Ahora es conveniente que todo el mundo permanezca en sus hogares. Dejen circular libremente a los investigadores, no se amontonen en las calles. Repetimos que a pesar de las desgracias no hay motivos para pensar que vuelvan a repetirse…

Sharma cerró la pantalla. Las palabras del locutor, dictadas por los altos jefes, no pasaban de ser una mentira piadosa para calmar los soliviantados ánimos de los ciudadanos.

El zumbido de la puerta interrumpió a la muchacha, cuando casi al mismo tiempo sonó el fono-visor.

Sharma decidió abrir primero la puerta y pulsó el control remoto.

—Pase —dijo, mientras se acercaba al fono para preguntar quién la llamaba.

Al ir a tomar el aparato, sin embargo, se quedó inmóvil.

En la puerta acababa de aparecer un hombre extremadamente alto, de cabeza más grande que lo normal y largos brazos que permanecían inmóviles a ambos lados de su cuerpo esquelético.

—¿Quién… quién es usted? —balbució ella.

Sharma no solía asustarse ante la presencia de extraños, pero aquel ser le inspiraba un profundo temor por su apariencia. Era algo sobrecogedor. Y aquellos destellos.

La muchacha tragó saliva.

El ser levantó uno de sus largos brazos hasta un lado del rostro. Manipuló unos instantes y los destellos azulados cesaron.

—¿Quién es usted? —repitió ella.

El hombre no habló, pero emitió un extraño zumbido metálico. Era algo apenas perceptible, pero lentamente ella comprendió que le estaba transmitiendo algo por un procedimiento desconocido.

Sin que el ser hablara, ella comprendía perfectamente lo que el desconocido intentaba decirle a través de aquella transmisión.

En el cerebro de la muchacha se formaba la frase que la criatura emitía.

—Venga conmigo, señorita Sharma.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Es importante que venga conmigo.

—¿Pero quién es usted? ¿De dónde viene? —quiso saber Sharma.

Parecía haber perdido ya su miedo. Aquella especie de transmisión telepática era algo que la atraía.

—¡Vengo de muy lejos! La llevaré conmigo.

Y ella siguió caminando, como fascinada por la presencia de aquel individuo que seguía inmóvil en el umbral de la puerta.

No hizo ninguna pregunta más. Aceptó ir con él y siguió hasta llegar al umbral de la puerta.

En el saloncito el zumbido del fono-visor continuaba llamando.

Eran los de la central de la sede del jefe de servicios, pero aquella llamada nunca iba a ser contestada.

* * *

—No está, señor, no responde —dijo el operador al jefe.

El encargado de ir a buscarla personalmente se excusó poco después.

—Me he retrasado. Una avería en el deslizador. Alguien ha obstruido la caja de control. La gente está irritada contra nosotros. Piensan que no hacemos lo suficiente.

El jefe espetó:

—Pero…, ¿qué hay de la hija de Colombers?

—He llamado y nadie contestaba, señor —repuso el hombre.

—Búsquenla por todas partes. Necesito ver a Sharma —exclamó el jefe de servicios.

Pero a Sharma difícilmente volverían a verla.

* * *

Los detectores no anunciaron nada anormal. Ningún vehículo entró ni salió de la órbita del planeta en los últimos momentos. Sin embargo la hija del profesor Colombers estaba ya lejos, muy lejos.

CAPÍTULO VII

La orden del piloto Renni era la de seguir en órbita en espera de instrucciones.

—¿Ocurre algo? —preguntó a través del fono-visor de larga distancia instalado en la mesa de mandos de su pequeña nave.

El locutor de la base repuso:

—Se han registrado dos nuevas explosiones. La gente se ha lanzado a la calle. Lo que sucede es terrible.

—¿Pero no han podido averiguar nada?

—El polvo amarillo que desprenden esas explosiones contamina la atmósfera. Se ha hecho obligatoria la máscara especial. De veras que se está mucho mejor tripulando por el espacio.

—Quiero comunicar con Sharma.

—¿La hija de Colombers? —preguntó el locutor.

—Sí. La dejé muy abatida. Quiero saber cómo está.

—Un momento, Renni. Intentaré localizarla.

El piloto conducía a través del azulado espacio. Todo parecía normal, como de costumbre.

La nave se deslizaba por el espacio y a través del visor y techo abovedados el paisaje ofrecía escasas variedades a los habituados ojos del piloto de reconocimiento.

El control funcionaba perfectamente y el combustible continuo permitía pasarse un tiempo indefinido sin repostar.

La voz del locutor llegó de nuevo hasta Renni.

—Lo siento. Parece que desde la jornada anterior, la hija del profesor no está en su casa. Todos andan buscándola.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo siento, Renni. No puedo decirte nada. Nadie lo sabe.

Renni frunció el entrecejo.

—Sigue pilotando y espera órdenes en la base intermedia. Es posible que se ordene la evacuación general del planeta.

—¿Tan grave es la situación? —inquirió el piloto.

—Muy grave, Renni.

—Si se localiza a Sharma, avísame.

El locutor prometió hacerlo y seguidamente cortó el contacto.

Renni cambió el rumbo de la nave que, incrementando la velocidad se dirigió en línea recta hacia un punto luminoso del infinito azul.

El cuentavelocidades señalaba el paso de las medidas que el artefacto devoraba.

En el espacio, la cola luminosa de la nave semejaba una estrella fugaz.

El punto luminoso de la lejanía se iba agrandando.

La nave no tardó en cruzar una zona que recibía la influencia de un astro candente y el color azulado, tornóse más claro hasta alcanzar la plena luz.

El punto luminoso había desaparecido ya, y a través del visor podía verse la superficie de un planeta.

Era en realidad un satélite de escasa superficie y limitado horizonte.

Lagunas y exuberante vegetación rodeaban sus contornos.

De lleno en la zona de atracción del satélite llamado intermedio, Renni soltó los aerofrenos y durante unos momentos su nave pareció bambolearse en el espacio para seguir en descenso vertical.

De forma oval, con la mitad de su superficie transparente, el bólido se posó suavemente sobre el suelo, tras extender dos patas que sirvieron de apoyo y que seguidamente volvieron a esconderse para dejar la nave completamente a ras del suelo.

Una puerta hasta entonces invisible se abrió deslizándose hacia un lado y Renni salió, sin la escafandra protectora. El satélite intermedio tenía oxígeno propio y podía respirarse perfectamente.

Renni llevaba consigo el transmisor de larga distancia para recibir órdenes y transmitir una vez lejos de su nave.

El lugar estaba solitario. El satélite hasta entonces había sido considerado como base intermedia para vuelos de larga distancia y sólo las naves que precisaban de algún repaso se detenían allí.

Un edificio pequeño con máquinas automáticas funcionaba sin necesidad de personal, para proporcionar refrescos y piezas de recambio. Un cerebro electrónico detectaba las posibles averías de

las naves obligadas a tomar contacto con el satélite de forma forzosa.

Renni conocía bien la zona. Era un lugar apacible, tranquilo y grato por su abundante vegetación, por el clima siempre templado que invitaba a bañarse en alguno de los lagos.

La flora era abundante y la fauna aunque escasa resultaba variada.

En otras circunstancias, Renni hubiera paseado por allí respirando el límpido aire del satélite y paseado por entre aquellos jardines naturales, sin embargo, ahora pensaba en Sharma.

¿Por qué había desaparecido? ¿Dónde estaba?

Le hubiera gustado volver. Averiguar por sí mismo dónde estaba la hija del profesor y qué era lo que ocurría exactamente en el planeta.

La respuesta la tuvo al conectar el transmisor para captar las últimas noticias.

El piloto respondió a la llamada.

—Es horrible, Renni. Las explosiones se suceden. La mitad de la ciudad está en ruinas. Esto parece el fin.

CAPÍTULO VIII

El fin.

Era realmente el fin.

Aquella nube amarillenta envolvía casi toda la superficie de la ciudad, único punto habitable del planeta.

Lo que sus habitantes tardaron años en levantar quedaba destruido cuando habían alcanzado uno de los puntos más óptimos en todas las ramas de la técnica y de la ciencia.

Sin embargo, estaban luchando denodadamente contra algo desconocido.

El suelo temblaba y aquí y allí, cuadras enteras de edificios saltaban por los aires, reventaban como si una fuerza tremenda les empujara desde dentro.

Láminas metálicas quedaban carbonizadas o se agrietaban haciéndose añicos como cristal.

Los cadáveres eran expulsados del exterior como un volcán que escupiera lava.

Algunos quedaban carbonizados, destrozados otros o volatilizados, desmenuzados igual que polvillo cósmico.

Los servicios de socorro no daban abasto y además resultaban completamente inútiles.

Los sistemas de comunicación habían quedado cortados.

Centenares de zumbidos emitidos por destornilladores semejaban una potente sirena que pregonara la gran catástrofe.

No era posible transmitir a los supervivientes la orden de evacuación general.

El jefe de servicios con la máscara antigases colocada en el rostro daba órdenes a media docena de subordinados.

—Utilicen los viejos métodos. Que todo el mundo se dirija a la base. Ordenen que pongan a punto todas las naves disponibles.

Los hombres salieron a cumplir el encargo.

En la calle, cerca de la sede del jefe de servicios, la figura del Mensajero pareció extenuada.

Tenía el último paquete en la mano que se disponía a repartir, pero casi no se sentía con fuerzas.

Se cruzó con los hombres que portadores de altavoces individuales se disponían a lanzar la proclama de evacuación.

El Mensajero se detuvo un momento en el umbral de la puerta. Hasta sus oídos llegaban las voces de los subordinados del jefe de servicios:

—Orden general de evacuación. Todos a las bases.

Las voces se confundían. Los viejos aparatos individuales de mediano alcance lanzaban entre el polvo amarillo y la atmósfera enrarecida el aviso.

Para algunos la noticia llegaba demasiado tarde, para otros era innecesaria porque se lanzaban hacia la base que permanecía, abarrotada de supervivientes vocingleros.

—¡Queremos salir de aquí!

—¡Con orden, con orden! ¡No se aglomeren! —Recomendaban los jefes.

La gente se apretujaba.

El primer contingente estaba ya a punto para ocupar una de las naves dispuesta a partir.

El Mensajero subió a la plataforma elevadora para llegar hasta la del jefe de servicios.

Un ordenanza se cruzó con él por el largo corredor.

Uno de los bólidos deslizantes que circulaban por los pasillos del soberbio edificio a punto estuvo de atropellar al joven Mensajero.

Llegó al fin a su destino, cuando alguien anunciaba:

—¡Una nueva explosión en la zona sur!

—¡Un momento! —Exclamó el Mensajero—. ¿Ha dicho en la zona sur?

—Acabo de venir de allí y…

No pudo terminar. Nadie escuchaba. Todos tenían algo que hacer. La gente del edificio gubernamental de acuerdo con las órdenes del jefe de servicios preparaba las cosas que debían llevarse para aquella huida masiva.

El Mensajero siguió su camino por el interminable corredor. Al fondo estaba aquella inmensa plazoleta o sala, en cuya puerta

principal se asentaba la sede del jefe de servicios.

Llegó al fin y como no había ninguna ordenanza, accionó su particular control remoto para que la puerta metálica se deslizara.

Al fondo, tras la gran mesa, el jefe de servicios transmitía órdenes a través del fono corriente.

—¿Nueva explosión al sur? —Inquiría a través del fono.

La voz replicó:

—Sí, señor. Igual que las demás.

—Estamos luchando contra algo desconocido. ¡Déjenlo todo! ¡Diríjanse a la base!

Al alzar los ojos y ver al Mensajero, el jefe se pasó una mano por el rostro. La actividad de los últimos momentos le había agotado.

—¿Trae algo para mí? —preguntó.

El Mensajero asintió:

—Sí, señor. Un paquete de Cirro.

—¿De Cirro? —preguntó el jefe de servicios frunciendo el entrecejo.

—Sí, señor. He llevado muchos paquetes en estos dos días.

—¡Ah! ¿Y cómo han llegado hasta aquí?

—Llegaron en un bólido-correo, sin tripulantes.

—Bien. Déjalo ahí. Ahora no tengo tiempo…

—Señor… quisiera decirle algo.

—No tengo tiempo. ¿No se da cuenta de lo que ocurre?

—Es precisamente sobre esto, señor. Sobre esas explosiones.

El jefe de servicios miró fijamente al joven Mensajero.

—¿Qué sabes tú?

—Nada, señor, pero… resulta curioso. Verá… el primero de estos paquetes que repartí fue para el profesor Colombers. Se lo entregué hace dos días.

—Sí. Creo que el mecánico Petras me habló de cierto regalo. ¿Pero qué tiene que ver?

—Tal vez se trate de una coincidencia, señor. Pero cada una de esas explosiones… ha tenido lugar en zonas que yo anteriormente había dejado un paquete procedente de Cirro.

—¿Qué? —El jefe de servicios se puso en pie de un salto.

—No se me ocurrió pensarlo antes, señor. Son paquetes normales. Ha sido ahora… alguien ha hablado de una nueva explosión en la zona sur y yo vengo de allí. Creí que era mejor que

usted lo supiera.

—¿A quién más has traído paquetes últimamente?

—Al doctor Melcom y al profesor de nueva energía, Zoder.

El jefe consultó una guía y en seguida replicó:

—En sus zonas no ha habido ninguna explosión. De todos modos les prevendré que bajo ningún concepto abran esos envoltorios. —Hizo una pausa y mirando al Mensajero preguntó—: ¿Sabes tú lo que contienen?

—No, señor. Pero al parecer son regalos.

El jefe de servicios tomó el paquete que el Mensajero había dejado sobre una mesa y leyó.

Allí venía su nombre y su empleo. Estaba escrito en caracteres normales y con procedimientos al uso, y además ponía en un recuadro: «Regalo personal. Cirro».

CAPÍTULO IX

La nueva explosión conmovió una de las zonas que todavía quedaba en pie.

Uno de los guardias informó al jefe de servicios.

—Ha sido en el sector 42, señor.

El jefe consultó un plano.

—¡Es dónde vive el doctor Melcom!

—¡El paquete! —exclamó el Mensajero.

—Intenten comunicar con el profesor Zoder —espetó el jefe de servicios.

—No contesta, señor.

—¡Vayan a su casa! Que no abra ese paquete.

Y se quedó mirando al envoltorio que estaba sobre la mesa.

El Mensajero se retiró unos pasos.

Tras un silencio el jefe murmuró:

—Ahora ya no cabe duda. Son esos paquetes.

Tres hombres del laboratorio de investigaciones aparecieron por la puerta principal de la sede.

En breves palabras el jefe de servicios les puso al corriente, y señalando el paquete añadió:

—Ahí está. Lo que contiene es la causa de la catástrofe que está destruyendo la ciudad. ¡Señores! Tomen las precauciones necesarias. Cuando conozcamos el mal, podremos combatirlo.

—Déjenos solo, señor —dijo uno de los técnicos.

—No. Quiero quedarme.

—Si me lo permite, señor, me gustaría quedarme —adujo el Mensajero.

—Es demasiado peligroso. Usted no tiene nada que ver.

—¡Señor! —Protestó el joven—. Sin proponérmelo he sido portador de esos artefactos…

Hubo un silencio. El jefe acabó asintiendo.

—Está bien, quédese.

Cinco pares de ojos examinaban aquel envoltorio, de apariencia completamente normal.

¿Qué era lo que contenía?

El Mensajero musitó:

—Es un paquete muy pequeño. ¿Cómo es posible que contenga un explosivo tan eficaz?

—Lo sabremos cuanto logremos examinarlo —repuso el jefe de servicios, y con un movimiento ordenó a los técnicos que procedieran a la apertura del envoltorio.

* * *

El mecánico Petras había sido llamado a la sede del jefe de servicios para intentar reparar la avería general de los aparatos transmisores y de los fono-visores.

Ascendió rápidamente la escalinata, puesto que la última avería había dejado inservible la plataforma elevadora.

Cuando llegó al largo corredor central, uno de los ordenanzas le indicó:

—Por allí, a la sala de control general. Intente arreglar primero los aparatos del jefe.

—Primero tengo que examinarlos.

—Ahora no podrá entrar. Ordenaron que nadie les interrumpiera.

—Pues no tengo más remedio —replicó Petras.

Avanzó por el corredor hasta llegar delante de la puerta de entrada de la sede.

Esperó unos instantes para pulsar su conmutador remoto.

La puerta se abrió.

El jefe de los servicios estaba pendiente de los técnicos que en aquellos momentos acababan de desenvolver la caja del «regalo de Cirro».

—¡Señor! —llamó el mecánico avanzando.

—¡Ordené que no entrara nadie! —Exclamó el jefe de servicios volviéndose hacia el recién llegado, pero al reconocer al mecánico se apresuró a decir—: Está bien. Salga fuera. Dentro de unos momentos le mandaré subir.

El mecánico estiró la cabeza para ver las manipulaciones de los

hombres del laboratorio.

Uno de ellos dijo:

—Es una caja normal, señor. Vamos a abrirla.

—¡Esperen! —ordenó el jefe.

Se volvió nuevamente hacia el mecánico.

—Puede que tengamos el origen de la catástrofe. Todo el edificio corre el mismo peligro que los que han volado. Yo no puedo pedirle que se quede eh estos momentos, Petras.

—¿Más peligro del que corremos todos, señor? —replicó el joven.

—¡Petras! —Exclamó de pronto el jefe—. Usted estuvo en casa de la hija de Colombers. Vio la explosión a través de la pantalla. Así lo manifestó durante la encuesta.

—En efecto, señor.

—¿Recuerda si la hija del profesor habló algo de un envío recibido por su padre?

—¿Un envío?

—Un regalo de Cirro —puntualizó el jefe.

—¡Oh, sí! Recuerdo que habló con su padre, pero yo mismo vi al profesor muy enfrascado, cuando me ordenó ir a su casa para arreglar el computador.

—¿Vio qué clase de regalo le habían enviado de Cirro? —inquirió el jefe.

—Pues… No, señor; pero creo que Sharma me habló de… —vaciló un momento.

Los técnicos esperaban.

—Hable, Petras. ¿De qué le habló la hija del profesor? —espetó el jefe con visible impaciencia.

—Creo que de… un juguete.

—¿Un juguete? —El jefe de servicios cambió una mirada con los tres hombres de laboratorio.

—Está bien. Abran la caja —ordenó.

Se hizo nuevamente el silencio más absoluto.

Todos se aproximaron a aquella misteriosa caja que al parecer era la causa de la tragedia, pero la idea de que en su interior pudiera aparecer un juguete, parecía incongruente, cínica.

Lentamente las manos de uno de los técnicos abrieron la tapadera de la caja.

Al fin quedó al descubierto el contenido del paquete.

Cinco pares de ojos mostraron su asombro.

—Pero… —empezó uno de los técnicos.

—No es posible… —musitó el Mensajero.

—¡Cuidado! —Advirtió el técnico jefe—. No toquen esto.

—Pero si es… un juguete —adujo el mecánico Petras arqueando las cejas tan extrañado como los demás.

—Puede ser un juguete de muerte —advirtió el jefe de servicios con la mirada fija al interior de la caja.

Lo que había dentro era un simple muñeco. Un muñeco metálico de no más de veinte centímetros de longitud. Su forma era la de un antiguo robot y disponía de una llave para darle cuerda.

Sí. Parecía un juguete de lo más primitivo.

CAPÍTULO X

Vista desde el aire, Anaconda, la única ciudad de aquel planeta estaba envuelta por una densa humareda amarilla.

Cuando lentamente aquella neblina desapareció, los lentes de larga distancia ofrecían un espectáculo deprimente.

Era toda una ciudad en ruinas, con la atmósfera contaminada, que, además impedía el despegue de las grandes naves de transporte.

La gente que había intentado huir se vio atraída nuevamente hacia la superficie y las naves se desintegraron antes de alcanzar la zona de libre atracción.

Los supervivientes, reunidos en la base, sabían que ya no les quedaba la esperanza de evacuar.

El altavoz dio la noticia.

—El jefe de servicios ha muerto, junto con los hombres que se hallaban dentro del edificio.

Sólo quedaba la probabilidad de que el profesor Zoder, encargado de la sección de Nueva Energía, pudiera hacer algo, pero el profesor, que era el único de los que recibió el obsequio macabro de Cirro que no había abierto el envoltorio, protegido con su careta se dirigía hacia su casa.

Era su residencia uno de los pocos edificios que quedaban en pie. Situado en la nueva zona residencial estaba igualmente envuelto en aquella extraña atmósfera.

Entró en su casa y llamó a su ayudante.

Nadie contestó.

Salió de nuevo hacia la parte posterior, donde estaba el jardín, sintético que colgaba a alguna distancia del suelo.

Allí estaba el asistente, tendido en el suelo. No había, tomado la precaución de colocarse la careta y sufrió las consecuencias.

El profesor intentó llamar a través del fono-simple.

Ignoraba que el edificio central de control de la ciudad estaba destruido, pero al no obtener respuesta puso comunicación con la base.

—Soy Zoder. Vayan en busca de los depósitos de combustible de la fábrica. No hemos hecho todavía ningún experimento con él, pero es la última oportunidad de salir de aquí. Si el combustible no tiene la potencia para hacerlos salir de la zona de contaminación ya no quedará ninguna otra esperanza.

Dejó de hablar y buscó en su mesa de trabajo particular algunos apuntes para llevarlos consigo.

Fue entonces cuando vio el paquete que estaba sobre la mesa.

Lo examinó un momento y vio su nombre, el destino y la procedencia con la indicación de: «Regalo personal».

Lo tomó unos instantes y al final optó por llevarlo consigo cuando salió de la casa.

Abajo esperaba su bólido particular y con él puso rumbo a la base.

Poco después transportes especiales llegaron de la fábrica con el carburante.

Alguien preguntó al profesor:

—¿Cree que hay alguna posibilidad?

—Lo ignoro. Llevo mucho rato intentando completar la fórmula. No escondo que el nuevo sistema está sin ensayar. Desde luego el sistema de propulsión del nuevo elemento es de superior potencia, pero por lo mismo corremos el riesgo de estallar en los aires.

Ante la posibilidad de morir contaminados por la atmósfera o probar fortuna huyendo, todos los supervivientes fueron partidarios de la segunda solución.

Quedaban tres naves disponibles y gente suficiente para llenar por lo menos diez.

Zoder se encaminó a una de las naves con los especialistas de la base.

—Se trata de un combustible líquido —explicó—. En teoría una pequeña cantidad es suficiente para producir en los reactores una explosión diez veces superior a la normal. No es necesario practicar ningún cambio en los depósitos. Llénenlos.

La orden fue inmediatamente obedecida.

Al cabo de unos instantes uno de los técnicos anunció:

—Depósito cargado, profesor.

—Probaré primero la nave personalmente.

Penetró en el interior y personalmente manipuló los mandos de la nave.

Los reactores comenzaron a funcionar dejando encajar un gas rojizo. El profesor accionó los mandos para el despegue.

En la base cientos de ojos estaban pendientes del resultado de la prueba que significaba la salvación o acaso… la muerte definitiva.

El aparato del profesor se puso en marcha. El gran bólido remontó el vuelo ascendiendo verticalmente.

Los mandos funcionaban perfectamente y la nave respondía a las maniobras de Zoder.

Lo principal era saber si podía remontar la zona de atracción del planeta.

Zoder tiró de la palanca y el bólido incrementó la velocidad.

Los contadores señalaban una terrible presión. Aquel polvo amarillento era la causa de cuanto acontecía.

El altímetro señalaba la proximidad de la zona límite.

El planeta quedaba completamente oculto dentro de la neblina. Era como una estrella contemplada por entre brumas.

La velocidad del bólido era superior a la de las naves corrientes gracias a aquel nuevo combustible que hasta entonces funcionaba perfectamente.

A través de la pantalla de corta distancia el profesor podía ver la base.

De pronto sus ojos divisaron el paquete «Regalo personal» que había recibido antes de partir. Estaba en uno de los almacenes-hangares sobre un taburete.

En aquel momento uno de los contadores anunció el paso por la barrera que separaba la zona de atracción de la ingravidez.

¡La nave pasó!

Zoder, después de evolucionar, conectó la palanca de regreso al planeta.

Los supervivientes estaban a salvo.

* * *

Las tres naves transportaron los supervivientes en varios vuelos.

El punto de destino más próximo era la llamada estación

intermedia donde Renni se enteró de lo ocurrido.

El profesor Zoder informó:

—No queda nada ni posiblemente nuestra ciudad pueda ser habitada en mucho tiempo. Habría que hacer una investigación a fondo. Lo ocurrido es un misterio.

Sí. Porque con la muerte del jefe de servicios nadie sabía ni aproximadamente cuál era el origen de la hecatombe.

Desaparecido igualmente el Mensajero y el mecánico, el secreto se fue con ellos.

Renni preguntó por la hija del profesor.

—Nada sé de Sharma. Las últimas noticias fueron que había desaparecido.

—Ha desaparecido mucha gente —replicó Zoder—. Será difícil reanudar la vida, pero tenemos que empezar. De momento este satélite es el único lugar apropiado.

—Pero no tenemos material para construir viviendas. El satélite carece de minerales, no disponemos de elementos.

Zoder asintió.

—Sí. Será duro, pero algo habrá que hacer. Mírelos a todos. Son gente agotada.

Los supervivientes desparramados por aquellos maravillosos jardines, contrastaban con el paisaje. Eran gente cansada, aterrorizada por los momentos que habían vivido.

Casi nadie se sentía con fuerzas.

—Este lugar tiene un inconveniente, Zoder. Es maravilloso mientras el sol que lo alumbra calienta, pero cuando se hace la oscuridad es el sitio más helado que conozco. Sólo sobrevive esa especie de plantas que lo pueblan. Por las noches los lagos se hielan.

Zoder asintió.

—Lo sé, Renni. Estudié una vez el fenómeno, pero otras obligaciones me obligaron a desistir. Y sólo se me ocurre una idea por el momento.

—¿Qué piensa hacer?

—Talar árboles y construir cabañas para albergamos, luego lentamente intentaremos organizar nuestras vidas.

—Saldré para explorar, profesor —replicó resuelto el piloto—. Es posible que encuentre algún otro lugar donde toda esa gente

pueda ser acogida.

—Se lo iba a pedir, Renni, pero no le será fácil.

—Lo intentaré de todos modos.

Renni miró nuevamente a aquel puñado de gente agotada. Había niños contagiados del terror de los mayores y mujeres.

El piloto volvió a pensar en Sharma.

Entonces apareció el vejete exencargado de la limpieza. Llevaba en la mano un paquete.

—Profesor Zoder —dijo—. En la base se le olvidó este paquete. Lleva su nombre. Pensé que podía ser importante.

—¡Oh, sí! Gracias, Chikaw. —Y volviéndose hacia el piloto murmuró—: Es un regalo que me han enviado de Cirro.

Un regalo que Zoder ignoraba podía ser fatal.

CAPÍTULO XI

Tripulando su nave, Renni pensaba en Cirro.

Cirro era el gran planeta misterioso.

Había oído hablar de él por las investigaciones que el padre de Sharma llevaba a cabo.

Las noticias sobre Cirro eran confusas, pero el profesor Colombers vaticinaba grandes maravillas cuando hablaba del planeta.

Cirro venía a ser como la Meca de los antiguos terrestres. Era el «centro de perfección» de la galaxia de todas las galaxias.

Viejos textos hablaban de aquel planeta como el non plus ultra. Al parecer sus gentes habían alcanzado todo lo alcanzable y de Cirro podían aprenderse muchas cosas.

Pero ¿dónde estaba Cirro?

Renni consultó distraídamente la carta de navegación interplanetaria.

Allí estaban los puntos más o menos conocidos. Se encontraban miles de planetas deshabitados e inexplorados. Casi en todos ellos no había forma de vida, según las investigaciones realizadas.

Pero Cirro no estaba y sin embargo.

Pensó en el paquete que Chikaw había entregado a Zoder.

Si era posible hacer llegar un paquete, tal vez Cirro no estaba tan lejos.

Recordó que el día que ocurrió la primera explosión que destruyó la zona de estudios, Sharma le había hablado también de algo que su padre había recibido de Cirro.

«Un juguete o algo así», había dicho ella.

En aquellos instantes el piloto no pensó en que la catástrofe que había dejado sin vida a toda una ciudad, hasta entonces plácida y tranquila pudiera ser debido precisamente a aquellos envíos.

Renni pensaba más bien en los envíos en sí.

«Si el profesor Colombers consiguió efectuar el contacto, y como respuesta los de Cirro han enviado regalos, es posible que nos auxiliaran si conocieran nuestra situación».

Luego pensó en la noche que estaba próxima.

«Muchos no soportarán el frío y morirán».

Sin saber exactamente dónde iba hizo funcionar los aceleradores para incrementar la velocidad.

Dejó la radio conectada «a toda onda». De aquel modo podía captar la más leve señal de larga distancia.

Por su parte también intentó establecer contacto llamando repetidamente:

—Piloto Renni de Anaconda en llamada de auxilio. Piloto Renni de Anaconda en llamada de auxilio. Contesten estaciones más próximas.

La llamada fue inútil. La radio continuaba sin emitir señal alguna.

Uno de los indicadores del tablero de mandos anunció a Renni que salía de la zona habitual de reconocimiento.

La nave se adentraba en un espacio que, aunque desconocido, era idéntico al que dejaba atrás.

Siempre lo mismo, cometas, estrellas fugaces, planetas lejanos, puntos luminosos, meteoritos que merced a un sistema de repulsión no podían chocar contra la pequeña nave de reconocimiento.

Por fin Renni llegó a un punto donde el detector de infrarrojos anunciaba la presencia de un obstáculo.

El piloto fijó toda su atención al mismo tiempo que informaba a la improvisada base del satélite intermedio.

—Profesor Zoder. He sobrepasado la zona habitual. Estoy en espacio desconocido y el detector anuncia un obstáculo. No puedo ver de qué se trata. Debe estar lejos.

La voz de Zoder respondió desde el improvisado habitáculo:

—Tenga cuidado, Renni. Usted es el piloto más experimentado y le necesitamos. No se arriesgue.

—Necesitamos encontrar otro sitio para evacuar a la gente, profesor —replicó Renni—. Y no hay triunfo sin riesgo.

—Sí, Renni, pero muerto no nos sirve.

—Tomaré precauciones.

—Mantenga el contacto.

—Sí, profesor.

En el satélite se estaba procediendo a la tala masiva de árboles utilizando las «cortantes» electrónicas que habían sido transportadas desde la base como elementos de socorro, igual que varios destornilladores electrónicos y otras herramientas.

Se seguía a buen ritmo, pero quedaba mucho para hacer y la noche se estaba echando encima.

Por los espacios, Renni seguía tripulando su nave de reconocimiento.

«Aminoraré la marcha», se dijo.

Soltó los frenos y continuó observando atentamente el visor, sin perder de vista el detector que seguía anunciando la barrera, cada vez más cercana.

—¡Es extraño! —Exclamó en voz alta—. No se ve nada, y según el detector, dentro de un instante estaré delante mismo de la barrera.

El punto blanco en pantalla negra anunciador del obstáculo se iba agrandando.

Ocupaba ya tres cuartas partes de la pantalla. Cuando la ocupara toda se produciría el choque, pero…

¿El choque contra qué?

El punto se iba agrandando y delante del visor todo continuaba en el mismo tono azulado.

Era el espacio infinito sin obstáculos, sin barreras.

La pantalla de fondo negro era ya totalmente blanca. Sólo faltaba el borde ennegrecido todavía.

La señal de peligro sonó del altavoz emisor.

Ahí tenía que estar la barrera. Pero ¿dónde?

Renni soltó totalmente el freno. Quería examinar bien el lugar, aunque pensó que se trataba de un fallo en el mecanismo.

Frenó casi en el instante que el punto blanco ocupaba ya toda la superficie del detector.

Casi al mismo instante creyó notar que la nave había sufrido una ligera conmoción.

Miró hacia delante.

¿Con qué había podido chocar?

CAPÍTULO XII

Con la escafandra y las alas provistas de toberas con carburante se dispuso a salir al espacio para examinar los alrededores.

Provisto del transmisor acoplado en el interior de la escafandra informó a Zoder:

—Profesor Zoder. Estoy en el punto del obstáculo —inmediatamente dio la situación exacta del lugar—. Es zona de completa ingravidez. De momento no veo absolutamente nada anormal.

Zoder recalcó la conveniencia de no descuidarse.

De pronto la voz del piloto se quebró. Sus ojos se agradaron enormemente:

—¡Profesor!

—¿Qué pasa, Renni?

—Es algo increíble, profesor. Estoy pisando suelo firme.

—¿Qué?

—Es completamente transparente, pero duro, duro como si fuese algo metálico.

—¡Un planeta transparente! —exclamó Zoder.

—Algo parecido, pero no puedo saber la superficie ni siquiera aproximadamente.

—Repítame su situación, Renni —pidió el profesor.

El piloto informó de nuevo y apenas hubo concluido sus ojos volvieron a mostrar una profunda sorpresa.

—¡El planeta está habitado, profesor!

—¿Qué es lo que usted ve, Renni?

—¡Un robot! Es un robot de gran tamaño. ¡Espere! ¡Se trata de un auténtico gigante…! Es descomunal. Viene hacia aquí.

Se produjo un silencio. Zoder recababa información.

Renni estaba sobrecogido. Pisando suelo invisible veía aquella forma brillante acercarse. Su tamaño podía considerarlo como diez

veces superior al suyo. Andaba sobre dos enormes patas de apariencia metálica y era poseedor de cuatro brazos en forma de tentáculos que movía en todas direcciones y podía retorcerlos a derecho y a revés como si se tratara de una serpiente.

La cabeza, enorme, alargada, casi del tamaño de un ser normal poseía una única abertura que semejaba una boca inmensa, proporcionada al tamaño de la cabeza y constantemente abierta.

—Renni, Renni —exclamaba el profesor.

La comunicación, sin embargo, se cortó.

El ser que avanzaba parecía actuar a modo de aparato aislante que absorbía para sí todas las ondas.

Renni retrocedió.

El monstruo con pasos ágiles avanzaba hacia la nave que estaba «anclada» en el espacio.

Los tentáculos de aquel ser descomunal tomaron el bólido y lo levantaron como si se tratara de un juguete.

La nave crujió.

Ante los atónitos ojos del piloto aquellos cuatro tentáculos depositaron el bólido en su boca, mientras unos dientes invisibles lo fragmentaban.

Instantes después la nave había desaparecido tragada por el monstruo.

Renni observó entonces como la gran figura de apariencia metálica iba desapareciendo, pero no andaba, permanecía en el mismo sitio. Desaparecía porque al igual que aquel extraño planeta se tomaba transparente hasta acabar por hacerse totalmente invisible.

Renni quedó solo, sin nave, tanteando únicamente el suelo con los pies, pero sin saber dónde dirigirse.

Su transmisor continuaba sin dar ni recibir señal alguna.

* * *

Por fin pudo escuchar la primera señal.

Era Zoder.

—¡Menos mal, Renni! ¿Qué le ha pasado?

El piloto explicó brevemente lo sucedido.

—Si no vienen a buscarme temo que nunca saldré de ese extraño lugar. Me gustaría investigar y explorarlo, pero es imposible. Es

como si no existiera.

—Oí hablar de la materia invisible a los ojos de los humanoides normales, pero no creí que existiera… Yo mismo iré a rescatarle, Renni. Tengo la situación que me ha facilitado.

El profesor cortó la comunicación y ordenó que prepararan una de las tres naves que quedaban.

Algunos hombres empezaban a montar una de las primeras cabañas de troncos cuando el crepúsculo se adueñaba ya del satélite y los primeros efectos del frío se dejaban sentir.

El profesor Zoder, que hasta entonces había estado examinando unos documentos, los guardó en un estuche y observó nuevamente el paquete «Regalo personal», de Cirro.

Sus dedos ágiles quitaron el papel y dejaron al descubierto la caja.

Abrió la tapadera en el momento en que se acercaba Chikaw.

—¡Oh! —exclamó el vejete—. Un muñeco.

—Es curioso —murmuró el profesor sacando el muñeco de veinte centímetros en forma de robot con su llave para cuerda aplicada a la espalda.

—¿Éste es su regalo, profesor? —preguntó el exencargado de la limpieza.

—Eso parece.

—¿Y se lo han mandado de Cirro?

—Así decía el envoltorio.

—Esa gente debe pensar que somos unos niños… ¿A quién se le ocurre mandar un muñeco-robot a un profesor?

Zoder dio la vuelta al pequeño artefacto de apariencia totalmente inofensiva.

—¿Por qué no le da cuerda? —preguntó el vejete que parecía más entusiasmado que el profesor.

—¿Cuerda? —preguntó Zoder distraídamente.

—Sí… Esa cuerda… ¿O no es una cuerda?

—Seguramente. Tienes razón. Si no le damos cuerda no sabremos cuáles son sus propiedades.

Los dedos de Zoder se posaron sobre la llave para empezar a darle la vuelta…

Uno de los pilotos llamó entonces a Zoder.

—La nave está a punto, profesor.

—Voy en seguida —repuso Zoder.

Desistió de dar cuerda al pequeño robot y lo dejó nuevamente dentro de la caja con la que había venido embalado.

Dejó el estuche con sus documentos y la caja con el regalo junto a la roca donde se hallaba sentado y advirtió a Chikaw:

—Vigila esto. Tal vez tarde en regresar.

El vejete asintió.

CAPÍTULO XIII

Zoder dejó a toda la gente atareada en el satélite, mientras su nave propulsada por el nuevo combustible que les había llevado hasta allí surcaba el espacio siguiendo la ruta que antes había tomado el piloto Renni.

El bólido que por su gran capacidad de transporte resultaba normalmente más lento, con aquel tipo de combustible experimentado con tanto éxito suplía con creces su anterior lentitud.

Siguiendo en línea recta a la velocidad tope no tardó en situarse en el punto donde el detector anunciaba la proximidad de la barrera u obstáculo.

El punto continuó creciendo en la pantalla, y el profesor puso toda su atención para calcular el momento exacto en que debía frenar.

Conectó otra de las pantallas de larga distancia y pudo ver la silueta de Renni que parecía hallarse flotando en el espacio.

El punto indicador del obstáculo ocupaba ya la casi totalidad de la pantalla y Zoder comenzó a soltar los frenos.

Su toma de contacto con el planeta invisible se efectuó con una pequeña sacudida.

Salió provisto de la escafandra, las alas y las toberas con el combustible suficiente.

Renni fue a su encuentro.

—Nada, profesor. Los monstruos no han vuelto a aparecer.

—Es curioso. Estamos completamente aferrados a un suelo compacto. El imán de nuestras botas se adhiere perfectamente a algo que no podemos ver… Es la materia invisible, Renni. Invisible a nuestros ojos, pero existen otras formas de ver y esos monstruos a los que usted alude esté seguro de que pueden ver perfectamente dónde pisan y en qué lugar se mueven.

—¿Quiere decir que aunque no las veamos tienen viviendas?

—Sí, Renni. Es posible que las tengan. Tal vez son grandes cavidades bajo el suelo, o dentro de las posibles montañas.

—¡Es increíble!

—No tanto… Piense que nosotros, descendientes de los antiguos terrícolas aunque infinitamente más avanzados que ellos, no hemos podido sustraemos a su influencia. Físicamente somos reflejo de ellos. Poseemos parecida constitución física y una forma de vida bastante similar a la suya. Nuestros órganos responden como respondían los de ellos. Nuestros ojos, aunque con más campo de visión, ven las mismas cosas que ellos veían en su época; nuestros movimientos se rigen por la misma ley, nuestras piernas, nuestros brazos, todo tiene un límite. El límite propio de todo humanoide.

—Entonces… quiere decir que existen seres completamente distintos.

—No ya en su forma, sea animal o humanoide, sino en sus propias funciones y formas de existencia.

Renni quedó pensativo.

Zoder estaba en lo cierto. Para quien sólo conoce un sistema de vida, todo lo que se aparte de lo conocido le parece imposible…

El profesor recalcaba:

—Conocemos muy poco de los mundos que nos rodean. Nuestra ambición hasta ahora ha sido Cirro, y sin embargo, ni siquiera sabemos dónde está…

Tras un silencio, los ojos de Renni se volvieron hacia un punto y pronto hizo un ademán.

—¡Mire! —exclamó.

Zoder le siguió con la mirada.

De nuevo había aparecido aquel ser descomunal que salía de su invisibilidad para acercarse a ellos.

—Intentará comerse la nave —dijo el piloto—. Debemos impedirlo.

Buscó por el bolsillo y sacó un pequeño revólver que cabía perfectamente en la palma de su mano protegida por un guante.

—¡No! —Dijo Zoder—. No debemos enfurecerle… Es mejor que nos vayamos.

Se apresuraron a subir nuevamente a la nave, cuando el extraño robot, como si advirtiera de que le iban a privar de su extraña

comida, pareció apresurarse.

—Póngalo en marcha, Renni —dijo el profesor.

El piloto accionó los mandos, pero entonces el gigantesco robot dirigió sus cuatro tentáculos hacia la nave.

De entre la fluorescente piel parduzca surgieron unos rayos que magnetizaron totalmente el bólido.

—¡Lo ha inmovilizado! —exclamó Renni.

—¡Y se acerca! —dijo el profesor.

—Salgamos, Zoder… No me gustaría ser pasto de este extraño ser.

Saltaron nuevamente cuando los tentáculos del ser zarandeaban ya al bólido para levantarlo seguidamente.

Aun siendo de mayor tamaño fue engullido lentamente por aquel agujero semejante a un boca descomunalmente abierta.

Y al igual que la vez anterior, el monstruo desapareció lentamente.

Renni accionó su pistola de la que surgieron las relucientes balas paralizadoras.

La rapidez de los proyectiles quedó marcada como un rayo de luz que llegó hasta la carcasa de aquel ser que se estaba desmaterializando.

—No se canse, Renni —dijo el profesor—. Ninguna clase de proyectiles le hacen daño.

—Ya veo.

—Se ha tragado la nave, con el combustible y los explosivos de emergencia. Es posible que lo haya triturado.

—¡Es verdad! —Exclamo el piloto—. ¿Y cómo no ha estallado?

—Eso quizá no lo sepamos nunca… Habría que ver por dentro la constitución de esos seres y temo que no va a ser posible. Yo diría para llamarlos de algún modo que vienen a ser «hombres-minerales». Ellos mismos despiden rayos paralizadores y a la vez magnéticos.

—Bien, profesor… ¿Qué cree que debemos hacer ahora?

Zoder pareció darse cuenta de la realidad.

—¡Es verdad! Estamos solos… Habrá que comunicar la situación y pedir ayuda, pero tomaremos la precaución de esperar a la nave lejos de aquí. Sólo nos quedan dos en la base del satélite y podemos necesitarlas…

—Profesor… Ahora estamos aquí, mientras nos quede combustible en el depósito individual… ¿Por qué no recorremos un poco esto?

Zoder asintió.

—Tiene razón, Renni… Mucha gente espera cobijo en alguna parte. Quién sabe si detrás de esta barrera…

—¡Profesor! Usted lo ha dicho —exclamó el piloto—. Esto es una barrera que señalan todos los detectores. Y esos monstruos actúan como pantalla que intercepta los comunicados… ¡Pasemos esa barrera!

CAPÍTULO XIV

Flotaban por el espacio.

Un pequeño transmisor de señales les indicaba que seguían todavía sobre la superficie del planeta invisible.

De pronto cesó la indicación y el transmisor comenzó a emitir señales.

—¡Escuche, Zoder! —exclamó Renni.

—Sí, tenía usted razón… Estoy captando una señal.

—Transmiten con frecuencia distinta. ¡Es la señal de otro planeta!

Zoder, tras escuchar varios momentos, adujo:

—Parece que estén transmitiendo, pero no capto ninguna palabra…

—Sin embargo, tratan de decimos algo.

—Es verdad…

No era una voz, sino un sistema de origen telepático. La comunicación por medio del cerebro.

Tanto Renni como Zoder pudieron captar perfectamente aquella transmisión de cerebro a cerebro.

Estaba claro que pretendía que el profesor le asiera de un brazo y el piloto de otro.

Renni replicó de viva voz:

—Indíquennos su posición. Somos dos humanoides que precisan ayuda.

La transmisión cerebral replicó:

—Utilice el pensamiento. No hable. Piense lo que quiera transmitir.

—¡Asombroso! —exclamó Zoder que permanecía a la escucha.

El piloto repitió mentalmente aquella misma pregunta y la respuesta no tardó en llegar:

—Se hallan muy lejos, indíquenos exactamente su situación y

serán transportados a Cirro —transmitió la onda cerebral.

Mentalmente el piloto dio la situación en que estaban, y de Cirro captó la respuesta de que la ayuda inmediata estaba ya en camino.

Apenas concluido el mensaje apareció en el espacio una bola luminosa que al materializarse dejó al descubierto a un individuo de gran estatura, delgado, de largos brazos y cabeza grande. De sus ojos surgían unos destellos de luz.

Era de la misma constitución física que el individuo que jornadas antes había inducido a la hija del profesor Colombers a que le siguiera.

—Pero ¿cómo es posible? —Exclamó Renni con el pensamiento —. Acabamos de cortar la comunicación.

El aparecido ser que se mantenía en el espacio sin alas, ni toberas, transmitió la respuesta.

—En Cirro no utilizamos aeronaves. El Gran Rayo nos proyecta. La velocidad es idéntica a la del pensamiento… Utilizo este término para que puedan comprenderlo fácilmente.

—Pero… Ese rayo —musitó el profesor Zoder—. ¿En qué consiste?

—En el desplazamiento de la materia —repuso el pensamiento del ser de Cirro.

—¿Algo así como el Láser?

—El Láser está superado en Cirro —repuso el pensamiento del recién llegado—. Acérquense. Comprobarán su eficacia.

El hombre extendió sus largos brazos hasta colocarlos en forma de cruz.

—Cójanse a mí —transmitió.

Estaba claro de que pretendía que el profesor le asiera de un brazo y el piloto de otro.

Lo hicieron.

Entonces aquellos ojos llameantes centuplicaron su fulgor.

Todo se volvió del color del fuego y los tres hombres parecieron envueltos en una llama.

En el lugar donde habían ocupado no quedaba el menor rastro de su presencia.

Renni estaba algo aturdido. Miró en derredor y se encontró ante una sala de paredes recauchutadas y alto techo.

A su lado estaba Zoder.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

El profesor asintió.

—¿Creo que sí?

—Esto debe ser Cirro.

Renni miró en derredor. En toda la sala no había un solo mueble, sólo aquellas paredes desnudas desprovistas de ventanas.

Tampoco estaba el hombre que de forma tan extraña les había transportado.

Una onda cerebral transmitió de pronto a los dos hombres:

—Aquí pueden quitarse las escafandras. Hay el oxígeno adecuado para respirar.

Obedecieron casi al tiempo que del fondo y por una puerta que era del mismo color de las paredes apareció un hombre que semejaba más alto que el que les había llevado hasta allí.

Tras él dos seres de las mismas características parecían escoltarle.

El hombre se aproximó.

Al llegar frente a ellos pulsó un botón al lado de la cabeza y rápidamente, con la mano, retiró la máscara que cubría su rostro.

Lo que parecía una cabeza grande provista de ojos llameantes quedó convertida en una testa normal de forma más o menos parecida a la de Renni y el profesor.

Aquella cabeza postiza iba provista de una serie de aparatos.

Fue recogida por uno de los hombres que también llevaba el postizo y volviéndose de nuevo a los recién llegados utilizó la palabra.

—Bienvenidos a Cirro. Como ven conozco su idioma, y deben disculpar que la mayoría de los habitantes de nuestro planeta al no conocerlo se vean obligados a utilizar el cerebro. Es un viejo sistema. Estudios de muchos milenios anteriores a nuestra era hablan del interés de ciertos habitantes de otras galaxias por lo que consideraban una ciencia oculta que denominaban telepatía.

—Oí hablar de ello —repuso el profesor.

—No es ninguna ciencia oculta como han podido ver. Se trata únicamente de desarrollar uno de los sentidos que todo humanoide posee aunque la mayoría desconocen.

—Dígame, señor —adujo Renni cuando el otro hubo concluido —. ¿Esto es Cirro?

—Sí. Están ustedes en Cirro y yo soy el administrador general de nuestra comunidad. Por encima de mí, claro está,* se hallan los gobernantes que en estos momentos están muy ocupados… Pero les transmitiré su llegada. ¿De dónde proceden?

—Anaconda —replicó Renni.

—¡Oh! ¡Anaconda!

El rostro del administrador general se ensombreció.

—¿Qué ocurre? —inquirió Renni.

—Nada, nada… Vengan conmigo. Les mostraré su alojamiento…

—Señor… Precisamos ayuda. Nuestro planeta ha sido destruido de una manera extraña.

—¿Destruido? —inquirió el administrador general con una expresión misteriosa en su semblante.

—No exactamente —rectificó el profesor Zoder—. Se sucedieron una serie de explosiones que arrasaron prácticamente la ciudad, y la envolvieron en una neblina amarilla que contaminó totalmente la atmósfera y los supervivientes nos vimos obligados a evacuar.

—Una gran tragedia sin duda —repuso secamente el administrador general—. Síganme.

Todo vestigio de amabilidad había desaparecido de aquel hombre que tomó la delantera para que los dos recién llegados les siguieran.

Renni cambió una mirada con Zoder que a su vez arqueó las cejas como pensando: «Todo esto es muy extraño».

El administrador general se volvió y les miró con una extraña sonrisa.

Renni comprendió.

¡Les había adivinado el pensamiento!

CAPÍTULO XV

La habitación disponía de dos camas, sin cabezal ni pies.

Las paredes resultaban más alegres por su tono claro, igualmente recauchutadas.

Tampoco había ventanas, por lo que no era posible mirar al exterior.

Dos banquetas en forma de góndola y una columna a un extremo de la habitación.

—Aquí podrán descansar —dijo el administrador general abriendo la puerta de forma bastante singular.

Aunque la habitación carecía de número, el administrador colocado delante de lo que parecía una mirilla había dicho: cinco.

Y fue suficiente para que la puerta se desplazara a un lado.

Al disponerse a marchar nuevamente, Renni preguntó:

—¿Qué hay de la ayuda que les hemos solicitado?

—Tengo que consultar con mis jefes.

—Dese prisa, por favor —adujo el profesor Zoder—. Nuestra gente está instalada provisionalmente en un sitio que todo lo que tiene de paradisíaco durante el período de luz, resulta inhabitable en la noche a consecuencia del frío.

—Lo comprendo —repuso escuetamente el administrador general.

Dio la vuelta y traspuso el umbral de la puerta que inmediatamente se cerró.

Renni corrió cuando la hoja se había deslizado hasta juntarse completamente al borde opuesto.

—¡Cinco! —exclamó puesto al otro lado de la mirilla.

—¿Intenta abrir? —preguntó Zoder.

—Sí. Pero no se abre.

—Es lógico, Renni.

—¿Por qué?

—El ojo mágico frente al que usted se halla obedece únicamente a la voz y hasta puede que al pensamiento del administrador general… No es difícil. La frecuencia de ondas de la voz, incluso del cerebro, está acoplada a la del ojo mágico, y hasta que las ondas de quien da la orden no coinciden con las del mecanismo la puerta no se abre.

—Sí. Sé lo que es eso.

—No es nuevo ciertamente y algunos de los lugares donde se aplicaba lo desecharon por poco seguro. Cuando convenía guardar una caja de seguridad, si alguien deseaba abrirla sólo tenía que conseguir la copia de la voz-madre con un simple magnetófono… Claro que… si ellos además pueden utilizar las ondas cerebrales el sistema ofrece unas garantías prácticamente absolutas…

—¡Nos han encerrado, profesor! —exclamó Renni.

—Es posible.

—Me estoy preguntando, ¿por qué? Al principio ese administrador general parecía más amable.

—Fue cuando le dijimos que procedíamos de Anaconda —objetó el profesor.

—Es cierto…

—Sin embargo, no tienen motivos para odiamos, ni siquiera para estar resentidos contra nosotros. Es nuestro primer contacto, y cuando el profesor Colombers intentó comunicar con ellos lo hizo con fines totalmente pacíficos… No, no pueden tener motivos.

—Sin embargo, nos han encerrado.

Renni trató inútilmente de forzar la puerta y acabó por desistir ante la inutilidad de tal intento.

Se aproximó a la columna. Estaba situada muy cerca del ángulo de la pared opuesta a la que estaban las camas y no parecía tener finalidad alguna.

Era de diámetro regular y cuando el piloto la golpeó con los nudillos dio la sensación de estar hueca.

Renni descubrió una pequeña abertura, no mayor que el ojo electrónico de la puerta de entrada.

—Mire esto —dijo al profesor.

—Debe ser un micrófono. Pruebe de hablar.

—¡Óiganme! ¡Quién quiera que esté a la escucha! Somos gente que hemos venido en busca de ayuda… No tienen derecho a

encerramos.

Al cabo de unos instantes respondió una voz distinta a la del administrador general que chapurreaba medianamente el idioma de Anaconda.

—Deben ustedes permanecer aquí, sin intentar escapar, cosa que no conseguirían aunque probaran… Se les dirá lo que tienen que hacer en su momento.

—Escuche…

El que había replicado cortó la comunicación y ya no volvió a hablar.

Renni lanzó un suspiro.

—Bueno. Tal vez no debimos movemos del espacio.

Se dedicó a examinar la columna y de pronto tuvo una idea.

Sacó la pistola y murmuró:

—Esto está vacío. Intentaré perforarlo.

—¿Con balas paralizadoras?

—Son penetrantes —repuso el piloto.

Disparó casi pegado a la columna.

La bala perforó el material de forma silenciosa.

—¡Da resultado! —exclamó el piloto.

Siguió disparando procurando que el siguiente agujero agrandara al primero.

Después de efectuar una docena de disparos había conseguido un boquete por el que podía pasar el puño.

—Lo conseguiré aunque tenga que agotar el cargador —dijo.

Más tarde el boquete ya era suficiente para que pudiera pasar su cabeza.

Asomó y observó unos instantes.

—Vea eso —dijo seguidamente al profesor.

Zoder asomó a su vez y observó que la columna parecía arrancar de muy abajo y continuaba hacia arriba. Era totalmente hueca. La comunicación debía efectuarse por radio, sin necesidad de cables de ninguna especie.

—¡Vamos, profesor! Salgamos de aquí —dijo el piloto.

Zoder asintió.

Renni tomó la delantera, y como pensando algo colocó de forma distinta el aparato de la suela de sus botas y probó para ver si se adhería al metal.

—Sí —dijo con satisfacción.

Se metió de nuevo en el interior del tubo. Una vez pasada la cabeza tuvo que hacer un esfuerzo para pasar los hombros, pero al fin lo consiguió.

El tubo en su interior era igual que por fuera. Totalmente liso sin agarraderas de ninguna clase, pero el aparato de los pies servía para mantener el equilibrio y no caer en lo que parecía un pozo sin fondo.

Zoder seguía al piloto, sin que ninguno de los dos supiera dónde les conduciría aquel extraño conducto.

CAPÍTULO XVI

El tubo se agrandaba hacia el final y una luz parecía indicar que se hallaban cerca de una sala.

No se percibía voz alguna, pero sí zumbidos y señales de radio.

—Cuidado —susurró Renni—. Quédese aquí, Zoder. Intentaré averiguar dónde estamos.

Lentamente siguió hasta el borde.

La estrechez interior le impedía cambiar de posición por lo que llegado al borde de la parte delgada y faltando escasa distancia para llegar abajo, pensó que debía correr el riesgo de dejarse caer.

Soltó los pies sujetos por el aparato que los adhería a la superficie metálica y saltó.

Flexionó las piernas y apenas tocar con los pies en el suelo sacó su pistola de balas paralizadoras.

No tuvo necesidad de utilizarla.

La sala bastante grande estaba vacía.

Era en efecto un cuarto de control. Varios aparatos emisores transmitían mensajes que recopiladores electrónicos anotaban en hojas y archivaban en diferentes casillas.

Un cerebro electrónico regulaba, al parecer, todo el automatismo del lugar.

Pantallas que emitían fórmulas y claves que Renni no comprendía, otros televisores que repetían el estado atmosférico; computadores, máquinas que el piloto estaba viendo por primera vez… Todo perfectamente ordenado.

Dejó de mirar para asomar por el tubo y anunciar a Zoder que estaba aguardando.

—¡Salte! No hay peligro.

Poco después Zoder se dejaba caer. Menos ágil que Renni hizo un gesto de fatiga.

El piloto le ayudó a incorporarse y ambos avanzaron hacia una

de las puertas.

Estaba herméticamente cerrada.

—Nos encontraremos con la misma cuestión de antes. Debe funcionar con idéntico sistema.

Renni trató de forzarla y fue inútil.

Buscó otra salida.

No tardaron en comprobar que todo estaba perfectamente cerrado.

—Por esto la voz le ha dicho que no intentásemos escapar porque sería inútil.

—Debe de haber algún medio —exclamó el piloto.

Sacó el revólver y se aproximó a una de las puertas.

—No. Espere —dijo el profesor—. Hay mi cerebro electrónico… Es posible que tenga la clave. Intentémoslo.

El profesor, en medio de aquella pléyade de aparatos parecía hallarse en su elemento.

Lo miraba todo maravillado, sobre todo lo que transmitían las distintas pantallas del cerebro.

—Es extraordinario… Esto son fórmulas que jamás hubiese podido imaginar… ¡Fíjese, Renni! La solución a innumerables problemas está ahí.

—Profesor, considero que para usted esto debe de ser extraordinario, pero tenemos que salir…

—¡Espere, Renni!

Quedó mirando otra serie de datos que el robot transmitía.

—¿Es importante? —inquirió Renni aproximándose.

—Esa gente no puede querer hacemos daño… Todo lo que hay aquí, su experiencia, su sabiduría… absolutamente todo les hace seres civilizados…

—¿Entonces por qué cree que nos han encerrado?

—No lo sé —admitió el profesor.

—Busque esa clave para salir —insistió Renni.

Zoder miró los distintos botones. Aunque la técnica del robot era algo distinta a la usada en Anaconda, y a pesar del supremo perfeccionamiento del cerebro, todo era de una sencillez asombrosa y no le costó al profesor encontrar los botones precisos.

Una pantalla hasta entonces sin funcionar se iluminó.

Unos números aparecieron en ella y el profesor sonrió.

—¡Es maravilloso, Renni! ¡Le he formulado la pregunta con el pensamiento y ahí tiene la respuesta!

—¿Entiende algo? —preguntó el piloto.

—Sí. Se puede abrir desconectando el control electrónico.

—¿Cómo?

—Se lo preguntaré al cerebro.

El profesor volvió a formular mentalmente la pregunta y obtuvo una rápida respuesta.

—El propio cerebro retiene las conexiones. Veamos… —Zoder buscó y no tardó en hallar la palanca.

Inmediatamente todas las puertas quedaron libres del mecanismo y se abrieron por su propio impulso.

Renni buscó en distintas direcciones y corrió hacia una de ellas.

—Debemos estar en un sótano. Hay un corredor y una escalera al fondo —dijo.

Hizo una seña para que Zoder, que seguía admirando los distintos artefactos le siguiera, pero en seguida se detuvo.

Alguien se acercaba. Unas pisadas resonaban cerca.

Hizo una seña mostrando otra puerta.

Rápidamente desaparecieron alcanzando otro corredor perfectamente iluminado con puntos insignificantes pero efectivos.

Llegaron casi al fondo y a su izquierda había un portal abierto que comunicaba con otra sala.

—Por aquí —dijo Renni intuitivamente. Zoder continuó detrás suyo.

Tras el otro lado de la siguiente puerta había un corto tramo de escaleras.

Ascendieron.

Más arriba otro corredor mejor iluminado daba la sensación de corresponder a un departamento de oficinas.

Una de las puertas del corredor se abrió y dio paso a un ser, desprovisto de la extraña escafandra que daba a los que la llevaban aquel aspecto poco agradable.

El hombre que salió llevaba una cartera en la mano, por lo que Renni creyó que su presentimiento se confirmaba.

—Por aquí —dijo.

Cruzaron el pasillo hasta llegar a una sala inmensa. Había algunos hombres con escafandras formando un pequeño grupo.

Al fondo estaba la puerta y más allá el exterior.

Uno de los hombres de la escafandra advirtió la presencia de los fugados hizo vina seña e inmediatamente intentaron acorralarles.

—¡De prisa, profesor! —dijo el piloto.

Corrieron hacia la puerta de salida.

Sus perseguidores debieron transmitir algo a los dos guardas que estaban en la puerta que se apresuraron a cortarles el paso.

—Apártense —gritó Renni.

Uno de los hombres sacó un artefacto parecido a un látigo de cuyo extremo surgían chispas.

Renni se detuvo mientras el profesor advertía:

—¡Cuidado!

Por detrás venían los otros.

—¡Tenemos que salir! —espetó Renni.

—Oiga, Renni… Es necesario que sepan que no somos sus enemigos.

El piloto se volvió. Se acercaba uno de los de la escafandra. Le esperó.

El hombre intentó sujetar a Renni, pero este tiro de él, y seguidamente le sacudió un directo contra el pecho.

El hombre parecía de granito. Ni siquiera se desplazó por la contundencia del golpe.

A pesar de la extraña delgadez que era la nota dominante de todos los habitantes —al menos masculinos- de Cirro, su fortaleza resultaba extraordinaria.

El hombre intentó sujetar nuevamente al piloto, mientras otros dos cogían ya al profesor.

Renni intentó de nuevo zafarse de aquel acoso y cargando más la fuerza de su puño disparó de nuevo un derechazo que aquella vez sí desplazó al que intentaba detenerle.

Sin dejarle reaccionar le golpeó de nuevo.

El hombre cayó contra el del látigo y los dos rodaron por el suelo.

Pero el profesor estaba cogido por los otros dos. Sin dudarlo Renni sacó su pistola.

—¡Suéltenlo! —ordenó.

No le hicieron caso.

Repitió la orden con el pensamiento y los otros continuaron

haciendo caso omiso.

—De acuerdo, vais a quedar fuera de combate por un buen rato —y disparó dos balas de la pistola.

Los de Cirro cayeron como fulminados, adormecidos por aquellas balas que tenían la facultad de paralizar de modo instantáneo.

—¡De prisa! —exclamó el piloto.

El del látigo se apartó tal vez asustado por lo que acababa de ver.

Al fin los fugitivos consiguieron salir al exterior.

No podían atender al paisaje que les rodeaba, pero resultaba bastante agradable y frondoso.

Cruzaron lo que parecía una plaza pública cubierta de vegetación casi tropical.

Tras ellos y del mismo edificio salían varios hombres todos provistos de escafandra.

CAPÍTULO XVII

Habían cruzado veloces una larga hilera de altos árboles de copa cónica que venían a continuación de la plaza.

Al final de aquel paseo solitario se encontraron con un lago natural.

—¿Sabe nadar, profesor? —preguntó el piloto.

Sin esperar respuesta se lanzó al agua. El profesor le imitó.

Los perseguidores se acercaban peligrosamente. Renni optó por bucear y Zoder hizo lo mismo.

Aguantaron todo el tiempo que pudieron, mientras los demás rodeaban el lago por otro camino.

Renni se aproximó a lujo de los bordes cubiertos de plantas acuáticas y asomó la cabeza.

Había como una especie de orilla y no se veía a ninguno de los seguidores por allí cerca.

Hizo una seña a Zoder a quien el esfuerzo le había agotado.

Salieron del agua y corrieron por entre los setos.

Al fondo una zona rocosa, pero igualmente rodeada de vegetación parecía ofrecer un refugio más seguro.

Penetraron por uno de los senderos y cruzaron aquella especie de laberinto hasta llegar al otro lado.

El parque proseguía. Muy al fondo podían divisar cúpulas de edificios.

Entonces se dieron cuenta de que había luz del día. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que Renni salió del satélite intermedio?

Esto era lo que se preguntaba.

Luego, alzando la voz y sentándose sobre el exuberante césped murmuró:

—Debemos conseguir uno de esos aparatos para autoproyectarnos.

—Primero tenemos que averiguar dónde están y no creo que esto resulte fácil —adujo Zoder.

—Pues si no lo conseguimos, no veo la forma de salir de aquí —repuso el piloto rascándose la cabeza.

Igual que el profesor, llevaba en la mano la escafandra plegable.

El traje espacial totalmente aislante le había impedido mojarse, aunque aquella cuestión era lo que menos le preocupaba.

Repuesto ya de la carrera a pie y por dentro del lago oteó el horizonte.

—Temo que tendremos que esperar a que oscurezca. Llamamos demasiado la atención… —Se interrumpió un momento para añadir —: ¡Sus escafandras! Eso es lo que debemos conseguir. En esa especie de cabeza postiza que usan llevan todo su equipo… Quédese aquí, profesor.

—¿Qué intenta hacer?

—Buscar dos escafandras —replicó alejándose seguidamente.

Desando lo andado y una vez al otro lado atisbo un momento entre los setos.

Algunos hombres seguían buscándole.

Todos llevaban puesta la escafandra. Pensó que debía ser la norma de los vigilantes sin duda para estar prestos a cualquier contingencia.

Se acercó a uno y salió de su escondrijo expresamente para que le viera.

El guardián emprendió su persecución.

Renni se ocultó detrás de un seto y esperó a que pasara. Tenía la pistola preparada para paralizarle.

Apretó el gatillo, pero las balas estaban agotadas. La cantidad que consumió para abrir el boquete en el tubo había vaciado el cargador.

El guardián se previno, pero Renni se lanzó contra él con la cabeza por delante y el otro, al recibir la acometida cayó al suelo.

Durante unos instantes ambos forcejearon en el suelo. Otros dos guardianes atraídos por el rumor de la pelea se acercaban corriendo.

Renni se incorporó y levantó al hombre golpeándole el cuerpo.

El guardián se inclinó hacia delante acusando el duro castigo, pero ya los otros habían llegado.

Primero fueron dos y Renni retrocedió, pero a su espalda surgieron otros dos.

Y dos más…

Y el que había estado luchando se incorporaba.

No hablaban, pero a través del pensamiento le conminaban a la inmovilidad.

Cada uno de ellos llevaba uno de aquellos extraños látigos, y como para que pudiera comprobar su efectividad, uno de los guardianes pulsó un botón. La cuerda del látigo se tensó. El guardián la aproximó al tronco de un árbol en el que inmediatamente produjo un agujero del que salía abundante humo.

No. No podía luchar contra todos, y menos siendo portadores de tales armas.

CAPÍTULO XVIII

Estaba de nuevo frente al administrador general en la sala de un edificio.

El administrador ocupaba una especie de trono delante del cual tenía una mesa muy simple.

Renni cambió una mirada con el profesor que igualmente había sido apresado.

Al fin, tras un prolongado silencio, al administrador general miró a los dos hombres.

—¿Cómo pensaban huir?

—Puesto que éste es un planeta de seres tan listos ya debería suponerlo —replicó Renni de mal talante.

—Cálmese. Todo está previsto. Nunca conseguirían huir aunque, se hicieran con uno de nuestros rayos. Compréndalo, tendría que ir a la base del Gran Rayo y hacer que lo graduaran al punto exacto que quisiera trasladarse, sin sobrepasar los límites del planeta donde estaban. Es una barrera natural que nuestro rayo no atraviesa. Sería necesario cruzarlo flotando y transportar el proyector para que les lanzara a su punto de origen… No es complicado, pero imposible de hacerlo ustedes mismos sin ayuda.

—Bien… Entonces si no deseaban ayudamos por qué nos trajeron hasta aquí… Vinimos en son de paz, a solicitar ayuda y ustedes nos retienen y nos encierran.

—Les dije que tenía que consultar con mis jefes. Nosotros también tenemos problemas… Y problemas bastante más importantes, piloto Renni —repuso el administrador.

—Está bien… ¿Por qué no colaboramos juntos? —Terció Renni —. Si nosotros podemos serles útiles cuente con nuestra ayuda. A cambio, dejen que nuestra gente se instale en Cirro. No molestarán. Cédanos un pequeño espacio de terreno. Aceptarán lo que les propongan con tal de rehacer sus vidas.

—Esto no va a poder ser posible, piloto Renni.

—¿Por qué? —inquirió el profesor.

—Porque… Bueno, es probable que nuestro planeta sufra las consecuencias de una guerra.

—¿Una guerra? —repitió Renni.

—Sí. Estamos amenazados desde hace tiempo, por nuestros antiguos vecinos de Alehora… Hace tiempo todo formaba parte de la misma administración, pero el planeta creció y sus habitantes se extendieron… Nuestro soberano tuvo a bien confiar la administración de Alehora al Gran Zurlín, nombre con que designamos al primer jefe después del soberano… Por especial gracia al Gran Zurlín se le otorgó el derecho de sucesión, para que en adelante Alehora fuera gobernada siempre por sus descendientes…

El administrador general hizo una pausa para proseguir:

—Han pasado años y el actual Gran Zurlín quiso independizarse. Declaró abiertamente la guerra.

—Pero ustedes son poderosos. Éste es un planeta supercivilizado.

—Sabemos que el Gran Zurlín de Alehora ha ideado un arma destructora sin rival. El arma que destruyó su planeta, señores —repuso gravemente el administrador.

Renni cambió una mirada con el profesor y éste quiso saber:

—¿Qué clase de arma?

—No lo sabemos, pero en cambio tenemos noticias de los estragos que causó entre ustedes…

—¿Pero cómo pudieron atacamos? —inquirió el profesor.

—Tampoco lo sabemos. El Gran Zurlín nos dijo simplemente que intentásemos detectar lo que sucedía en Anaconda…

—Pero… ¿Por qué fuimos atacados? —inquirió Renni.

—Eligió su planeta como simple prueba. Una prueba que dio resultado. No es de esperar, pues, que tarde demasiado en lanzarse contra nosotros. Si no salimos a su encuentro aparecerá cualquier día con esas nuevas armas y será el fin de nuestra civilización.

—¿Por qué no atacan ustedes antes? Cójanle por sorpresa antes de que pueda prepararse.

—No está en Alehora. Se ha refugiado en algún lugar y allí ha fabricado su arma secreta…

Se produjo un silencio.

—Escuche… Esto me hace pensar… —dijo Renni rompiendo la pausa—. De Anaconda, el profesor Colombers intentó ponerse en contacto con ustedes.

—Sí. Pero sus contactos fueron interceptados por el Gran Zurlín y entonces debió concebir la idea de hacer la prueba con la nueva arma secreta.

—Sé que el profesor recibió un regalo… —empezó Renni y volviéndose hacia Zoder añadió—: Y usted también…

—Cierto.

—¿Y dónde tiene ese regalo? —preguntó el administrador.

—Lo dejé en… —Zoder se interrumpió para preguntar algo que ya temía—. ¿Quiere decir que ese regalo es el causante de la destrucción?

—No cabe duda. Nosotros no fuimos quien lo enviamos. Fue el Gran Zurlín.

—Entonces debieron ser muchos los que recibieron paquetes —adujo Renni.

—Probablemente. El Gran Zurlín debió enviar algún emisario para conocer algunos nombres de gente importante, o quizá se los facilitara el propio profesor Colombers, eso ya no lo sé, pero no les quepa duda de que es él el autor de esos envíos.

Zoder palideció.

—Dejé el mío en la estación intermedia. Está al alcance de cualquiera. —Y como recordando algo añadió—: ¡La cuerda! Si alguien se le ocurre dar cuerda al muñeco…

—¿De qué está hablando? —preguntó Renni.

—Se trata de un muñeco.

—¿Un muñeco? —repitió el administrador general también visiblemente extrañado.

—Sí, un robot en miniatura. —Con un ademán indicó la medida —. Y en la parte de la espalda tiene una llave que parece puesta para darle cuerda. Yo… Yo iba a dársela antes de dirigirme a buscarle a usted Renni.

—Es necesario recuperar este muñeco antes de que nos aniquile a todos los refugiados de la estación intermedia —repuso Renni—. Dese cuenta, señor… Se trata de toda nuestra gente.

—Sí. Me hago cargo de sus temores, pero… ¿Está seguro de que

se trata de un muñeco?

—Completamente seguro… —repuso el profesor Zoder.

CAPÍTULO XIX

En la estación intermedia había llegado la noche.

La temperatura descendió a velocidad vertiginosa y las aguas de los distintos lagos comenzaban a congelarse.

Los hombres apenas habían conseguido edificar una cabaña de troncos y la gente se apretujó en su interior para pasar la noche.

Las criaturas lloraban ante el frío y sus padres no podían hacer nada para aliviarles.

Encender una fogata era el único medio de calentarse, pero el viento, aunque glacial, amenazaba impulsar las llamas y prender en los troncos de la cabaña.

El viejo Chikaw había entrado las cosas del profesor Zoder sin olvidarse de la caja.

Restregándose las manos se aproximó a uno de los pequeños que lloraban.

—Tal vez… —empezó—. Sí… No creo que al profesor Zoder le importe que le preste el muñeco al pequeño.

Tomó la caja que contenía el robot en miniatura.

—No le aliviará del frío, pero tal vez se entretenga un poco. Es doloroso ver llorar a un niño.

Y Chikaw con la mayor buena fe abrió la caja y extrajo el robot.

—Es un regalo que el profesor Zoder ha recibido de Cirro —murmuró.

Mostró el robot al pequeño que seguía llorando.

—Vamos a darle cuerda… A lo mejor funciona —sonrió el vejete, y dio la vuelta al robot.

Eran varios los niños que lloraban. En el exterior, en la improvisada entrada, algunos hombres alimentaban el fuego que no podía calentar a todos.

—Le damos cuerda, ¿eh, pequeñín? —Sonrió el viejo.

Tomó la llave.

—¡Eh, Chikaw! Ven a echamos una mano —dijo entonces la voz de uno de los hombres.

Estaban transportando un grueso tronco.

Chikaw dudó. La madre del pequeño murmuró:

—Ande, vaya a ayudarles… Guarde el muñeco, no sea que sea que se vaya a estropear y el profesor se enfade.

—¡Oh, no! El profesor Zoder no se enfada nunca… Bueno. Después volveré y jugaremos.

Dejo el muñeco otra vez dentro de la caja con la tapadera abierta.

El pequeño seguía llorando.

Momentáneamente aquel puñado de gente se había librado de una muerte cierta.

Pero el vejete había prometido volver.

También a él le hacía gracia aquel curioso juguete tan bien construido, tan perfecto en su miniatura.

* * *

En Cirro el administrador general aseguró:

—Dentro de poco tengo que reunirme con mis jefes* Él soberano va a tomar una decisión. Les informaré de su caso y veré lo que puedo hacer…

—¿Por qué nos encerró antes? —inquirió Renni extrañado de aquel nuevo cambio de actitud del hombre.

—Ahora lo sabrán.

Pulsó un botón y aparecieron dos hombres que como todos los que eran guardas o estaban de servicio usaban las escafandras provistas de todos los aparatos.

No fue necesario decirles nada, pero los hombres salieron a cumplir la orden que mentalmente el administrador general les había transmitido por ondas cerebrales.

Los hombres reaparecieron al cabo de pocos instantes acompañados de una mujer.

Renni mostró su asombro al reconocer a la hija del profesor Colombers.

—¡Sharma!

—Renni.

La joven dio tina carrerilla hasta el piloto que hizo lo propio.

Al encontrarse se estrecharon mutuamente.

—¡Sharma! ¿Qué haces aquí?

Se volvió pidiendo una explicación al administrador general.

—Cuando supimos que el profesor había muerto, el soberano pensó que su hija podía saber algo sobre la clase de arma empleada por el Gran Zurlín. Desgraciadamente ella no sabía nada.

—Pero han seguido reteniéndome contra mi voluntad —espetó ella.

—Ha sido mejor para usted —replicó el administrador general.

—Es cierto —adujo Renni—. Nuestro planeta ha sido evacuado. La gente que ha sobrevivido a la catástrofe se ha refugiado en el satélite intermedio, pero no podrán resistir mucho tiempo las inclemencias de la noche.

Explicó que habían llegado buscando ayuda y se volvió esperando a que el administrador dijera algo.

—Ahora tengo que dejarles —repuso.

—¡Espere! ¡Diga por qué me han retenido! Cuando supieron que yo no podía ayudarles…

Renni le interrumpió.

—¿Por qué se la llevaron? Podían habérselo preguntado allí mismo.

—Están ocultando algo que no se atreven a decir, Renni —advirtió ella—. Sé que quieren utilizarme.

Renni se volvió.

—Entonces ha mentido usted. Todo ha sido una comedia.

—No, piloto Renni. Le he dicho la verdad.

—¿Qué se proponían hacer con Sharma?

—Ahora no tengo tiempo, piloto Renni. Sigan juntos y no salgan.

—¿Es que debemos consideramos prisioneros?

—Es sólo… una precaución —repuso el administrador general alejándose.

Su marcha coincidió con la llegada de varios hombres que guardaron bien todas las puertas.

El jefe asomó ligeramente para decir:

—Los guardianes tienen la orden de tratarles bien. No intenten escapar. Dispongan de lo que gusten.

Y el administrador general desapareció definitivamente.

—Estamos igual que antes —dijo el profesor Zoder—. Pero yo pienso en aquel muñeco, si a alguien se le ocurriera darle cuerda probablemente morirían todos.

—No acabo de entender a ese administrador —adujo Renni—. Por un lado quiere tratamos bien y por el otro nos retiene. ¿Sabes tú algo, Sharma?

—Muy poco —repuso la muchacha—. Pero tengo miedo. Tengo mucho miedo.

—Habla, Sharma. ¿Por qué te retuvieron? ¿Qué excusa te dieron para no dejarte regresar?

—No me lo dijeron, pero dentro de esta casa, que es enorme, yo he gozado de libertad. Lo único que no me permitían era salir, y así a poco de mi llegada pude oír una conversación.

Renni se dispuso a escuchar.

Ella empezó.

CAPÍTULO XX

—Sé que temen al Gran Zurlín —empezó Sharma—, y que según pude entender el soberano de Cirro es hombre que prefiere la paz, pero es que además están todos asustados.

—Son poderosos. Pueden combatir a ese Gran Zurlín.

—Creo que no. No disponen de un gran armamento. El administrador general lo comentaba. El soberano ha ido desarmando al ejército siguiendo un plan pacifista. Ahora están en inferioridad con respecto a los otros.

—Pero tú…

—Hace tiempo que el Gran Zurlín acaricia la idea de dominar todas las razas conocidas y ser el único soberano al que todos rindan vasallaje.

—Comprendo.

—Y desea mujeres de todas las razas para regalarlas a sus hombres.

—¿Estás segura?

—Temo que sí. Su plan es que los suyos se unan a mujeres de diferentes planetas de tipo humanoide, para que las razas se mezclen cuando empiecen a nacer los hijos.

—¿Te lo han propuesto?

—No… Pero parece que el soberano está dispuesto a pactar, y en prueba de su buena voluntad y a fin de evitar la guerra, ha lanzado a diversos hombres en busca de mujeres de otras galaxias. En algún lugar tienen a otras encerradas. No sé dónde.

—Esto es una cobardía. Es mejor luchar, pero no pueden obligar a hacerte convivir con quien no deseas. Es coartar la libertad. Hablaré con ese soberano, pero no consentiré que te sometan a la fuerza, Sharma. Lucharé mientras me quede aliento para impedirlo.

Ella se abrazó al hombre sintiéndose protegida por primera vez.

* * *

El administrador general regresó con el rostro circunspecto y reunió a los tres habitantes de Anaconda.

—Estoy enterado de sus propósitos, y deseo hablar personalmente con su soberano.

—Tenga calma, piloto Renni —repuso el administrador general de Cirro.

—¿Calma? Han raptado a Sharma y pretenden entregarla al Gran Zurlín junto con otras mujeres.

—No pretendemos nada.

—¡Miente!

—Es cierto que en un intento de evitar la guerra a alguien del consejo se le ocurrió la idea de proponer al Gran Zurlín el envío de algunas mujeres. Para nosotros resulta relativamente fácil desplazamos. El Gran Zurlín necesita de muchas jornadas porque utiliza naves comunes.

—Entonces confiesa que han raptado a varias mujeres y entre ellas a Sharma, la hija del profesor Colombers.

—No ha sido un rapto, piloto Renni. Todas las mujeres han venido por propia voluntad.

—Pero ustedes las han retenido.

Zoder asistía a la escena silencioso. El administrador general y Renni eran quienes sostenían el diálogo llevado con gran vivacidad.

—Mire, piloto Renni. Es lógico que cada cual procure su propio bienestar sin reparar en medios. No obstante nuestro soberano es persona de gran corazón y extraordinarios sentimientos.

—¿Considera la cobardía como un buen sentimiento? —cortó el piloto.

—Sí. Sé que muchos piensan que es un cobarde. En realidad no ha hecho otra cosa que intentar vivir en paz con todos. Porque odia la violencia no ha permitido la construcción de nuevas armas. Nuestro «látigo» es lo único que poseemos. En sus tiempos habría causado admiración en cualquier parte. Hoy para nosotros no es más que un arma anticuada que de nada serviría oponerla en una guerra contra esos muñecos de los que usted ha hablado. —Y al decir las últimas palabras se dirigió al profesor Zoder.

—El problema es suyo. Resuélvanlo como quieran, señor administrador general, si no quieren luchar no lo hagan, pero no

mezclen a los demás.

—No tema, piloto, podrá llevarse a Sharma. Acabo de hablar con el soberano. No habrá lucha. Es posible que el Gran Zurlín arrase nuestro habitáculo. Acataremos todas las órdenes de nuestro soberano.

Se hizo el silencio.

El administrador general sonrió con tristeza.

El propio administrador general lo interrumpió para añadir:

—Serán conducidos donde gusten.

Otra pausa para ponerse en pie con aspecto de cansancio y concluyó:

—Cuando supe que procedían de Anaconda les encerré para que no pudieran ver a la hija de Colombers. Ahora ya conocen nuestro problema.

—Desearía que pudieran resolverlo satisfactoriamente.

El administrador sonrió con tristeza.

—Condúzcanos rápidamente —pidió Zoder—. Estoy pensando en el muñeco.

—En un momento estarán allí.

Fueron conducidos a la base del Gran Rayo.

Por las avenidas exuberantes de vegetación, siempre bajo las delicias de un sistema solar que proporcionaba una agradable temperatura, podían verse pasear a las hembras con sus hijos. Eran igualmente altas, casi tanto como los hombres. Quizá para el gusto de Renni resultaban un tanto desgarbadas, pero eran madres de familia, cuidaban a sus pequeños.

Vieron también a algunos ancianos.

En general la población en sí era pacífica. Alcanzado su máximo grado de perfección tenían derecho a vivir en paz, pero les amenazaba la destrucción.

Al fin llegaron a la base.

—Escuche —dijo Renni al administrador general—. Ustedes necesitan ayuda, y nosotros un lugar para poder rehacer nuestras vidas…

—Sí —repuso el otro.

—Bien. No le prometo nada, pero pensaré. Debe de existir alguna solución.

—Sí. Siempre existen soluciones —replicó el administrador

general.

Inmediatamente dio las órdenes para preparar la «proyección».

* * *

Pero entretanto en el satélite…

El frío seguía con la misma intensidad, y el fuego ya había consumido buen número de árboles.

Alguien dijo:

—Deberíamos racionar la leña. No sabemos cuánto puede durar esta situación.

—No aguantaremos —repuso otra voz.

—Habría sido mejor morir en Anaconda —adujo otro pesimista.

El llanto de los niños seguía poniendo una nota deprimente en la ya de por sí triste situación de aquel puñado de supervivientes.

Chikaw regresó de ayudar a los otros a transportar el tronco y como una obsesión volvió a la caja del robot en miniatura.

—¡Qué! ¿Quieres jugar con el muñequito? —dijo al pequeño.

Le mostró el juguete y el niño por primera vez dejó de llorar.

—¿Lo ve? —Sonrió Chikaw mirando a la madre—. Le gusta el muñeco. Ahora veremos cómo funciona. Seguramente debe de andar.

Lo dejó en el suelo apoyado en las piernas y sus dedos volvieron a posarse en la llave para darle la primera vuelta.

El estallido atrajo la atención de hombres y mujeres.

El poderoso rayo quedó proyectado durante breves momentos. Seguidamente se formó la bola luminosa y de ella salieron Sharma, Zoder y el piloto Renni.

—¡La caja! —exclamó el profesor.

Avanzó hacia la improvisada barraca y el vejete al verle murmuró:

—Voy a hacerlo funcionar, profesor. ¿No se molesta, verdad?

—¡Déjalo, Chikaw! —espetó el científico.

El viejo lo soltó como si de repente el muñeco se hubiese convertido en algo candente.

—No supuse que se molestara —balbució.

El profesor lanzó un suspiro cuando recuperó el muñeco.

—Que nadie lo toque. Por favor, que nadie lo toque.

Algunos hombres rodearon a Renni para saber de qué forma

habían conseguido regresar.

El piloto por toda respuesta replicó:

—Reuníos todos. Tal vez pueda sacaros de aquí. Os explicaré cuál es la situación.

CAPÍTULO XXI

—Tenemos una cuenta pendiente con ese sujeto al que llaman Gran Zurlín. Se sirvió de Anaconda para practicar con sus nuevas armas. Fue un ensayo que ha costado muchas vidas.

A continuación explicó que el soberano de Cirro se negaba a presentar batalla y añadió:

—No me ha pedido ninguna ayuda. Sin embargo, nosotros necesitamos su planeta.

—¡Lucharemos! —gritó una voz.

Otros corearon lo mismo.

—Pero sólo tenemos dos naves —terció otro.

—Y no disponemos de armas —repuso un tercero.

Los comentarios arreciaron. Era claro que los hombres deseasen salir de aquella situación, e incluso vengarse de quien había destruido una ciudad próspera y feliz, pero sólo disponían de sus manos.

—Creo que no tendremos necesidad de armas. Espero tener la solución.

Sharma se volvió hacia el piloto interrogándole con la mirada.

—Nos reuniremos más tarde —añadió Renni—. Ahora tengo que hablar con el profesor Zoder.

Llamó el profesor y seguidamente se reunieron a solas.

—Zoder… ¿Recuerda el planeta transparente?

—Sí…

—¿Recuerda también aquellos robots gigantes?

—¿Qué está pensando, Renni?

—Aquellos monstruos se tragaban las astronaves. Engullían toda clase de artefactos metálicos. Incluso explosivos.

—Cierto.

—Entonces ahí tenemos el arma que puede vencer al Gran Zurlín.

—No veo cómo.

—Déjame hacer a mí.

—Espere, Renni. Admiro su decisión, pero…, ¿cómo ha pensado conseguir la ayuda de los robots-monstruo del planeta transparente?

—Me ayudarán sin que yo se lo pida, Zoder, sólo tengo que atraer hasta ese planeta al Gran Zurlín.

—¿Y cómo lo hará?

—Le declararé personalmente la guerra, como piloto jefe del servicio de policía e inspección de Anaconda.

—Es un riesgo temerario.

—Que hay que correr si queremos dar un hogar a nuestros compatriotas.

El profesor tenía en sus manos la caja con el diminuto robot asesino.

—No conozco su funcionamiento, Renni, pero a buen seguro debe existir un procedimiento para que estos juguetitos funcionen por control remoto o por efecto retardado. El Gran Zurlín ha demostrado ser hombre de nefasta inteligencia al idear estos ingenios. ¿Se imagina miles de estos muñecos esparcidos por cualquier parte? Sembrarán la muerte, la destrucción.

—Sí, profesor, pero de acuerdo con mi plan se convertirán en lo que aparentan… Juguetes inofensivos. Robots antiguos en miniatura.

—Yo también quiero luchar si es preciso. Por mi padre, por mis compatriotas.

—No, Sharma. Quédate para cuidar a los que te necesiten.

—No. Quiero ir contigo. Es una guerra. Habrá heridos y necesitarán ayuda. Quiero ir. Aquí ya quedarán suficientes mujeres para cuidar de sí mismas.

Renni comprendió que nada disuadiría a aquella muchacha de siempre alegre y feliz y que las circunstancias la habían vuelto amarga, triste.

Sin replicar Renni se incorporó y reunió a los hombres.

—Disponemos únicamente de dos naves. Tendremos que hacer varios viajes. Y empezaremos a partir de este momento.

* * *

Todo estaba dispuesto para el primer viaje. Las dos naves se

pusieron en marcha. Renni tomó la delantera para indicar el camino al bólido que le seguía.

Tras un viaje rápido llegaron a la superficie de aquel planeta transparente.

—Bajen rápidamente —ordenó Renni—. Corremos peligro de que los monstruos engullan nuestras naves.

Los hombres, provistos de los equipos espaciales descendieron cuando ya uno de los monstruos se hacía visible dispuesto a dirigirse hacia una de las naves.

Renni ordenó el regreso para efectuar el segundo viaje.

Los transportados quedaron en la superficie del planeta mientras el robot-monstruo de proporciones gigantescas alargaba sus tentáculos intentando paralizar a las naves que nuevamente habían emprendido el vuelo.

Afortunadamente estaban lo suficiente lejos del alcance de la influencia magnética de los tentáculos del robot-monstruo y la pretendida paralización no surgió efecto.

De regreso el segundo contingente de hombres estaba preparado.

Y así hasta completar los viajes todos fueron transportados al planeta transparente.

En aquel lugar, extraño e inhóspito aguardaban a Renni.

El piloto, acompañado de Zoder tomó rumbo al satélite donde el administrador general de Cirro dijo que el Gran Zurlín utilizaba como cuartel general para la fabricación de su arma secreta.

Antes de partir, Sharma le había deseado:

—Buena suerte, y ten cuidado.

—No te preocupes. Volveré —prometió él.

El satélite que el Gran Zurlín utilizaba como base quedaba bastante lejos. Renni conducía la nave con toda tranquilidad.

CAPÍTULO XXII

Las predicciones del profesor Zoder imaginando al Gran Zurlín preparando un enorme ejército de robots miniatura quedaban sobradamente cumplidas.

El Gran Zurlín, de estatura ligeramente más baja que los de su raza, pero con la misma delgadez de cuerpo, se cubría con la escafandra de los hombres de Cirro.

A través de las aberturas de sus ojos contemplaba en la amplia nave a la ingente formación de pequeños robots.

Era un ejército completo de soldados miniatura, todos ellos provistos de una carga explosiva de alto poder.

Se quitó la escafandra y sus ojos relucieron.

—¿Cuántos? —preguntó a su ayudante que vestía un ajustado uniforme de color negro que ceñía todo su esquelético cuerpo.

—Un millón —replicó el ayudante.

—Un millón —repitió con una sonrisa de triunfo—. Nadie será capaz de detenerlos.

—Son suficientes para destruir cien ciudades como Cirro. La carga explosiva es superior a la utilizada en las pruebas de Anaconda.

—Pero las edificaciones de Cirro son más sólidas y la ciudad mucho mayor, sin contar los núcleos de los alrededores.

—Son suficientes, Gran Zurlín, y te quedará una buena reserva para someter a otros planetas.

—Sí. Cuando posea el Gran Rayo, conquistaré la galaxia. Todos rendirán vasallaje al Gran Zurlín.

Hizo una pose estudiada.

Contempló una vez más aquel pequeño ejército de lo que aparentemente no eran más que inofensivos juguetes.

—Los enviaremos en una nave teledirigida. La explosión debe tener lugar inmediatamente después de tomar contacto con el suelo.

—Sí, Gran Zurlín. Un control automático cuidará de que no falle. Me he encargado del todo.

Se enfundó la escafandra para salir del almacén.

Entonces se acercó un oficial de su guardia para informar:

—Una nave extranjera ha tomado contacto con el planeta. Dos hombres solicitan hablar contigo. Dice que proceden de Anaconda.

—¿Anaconda? Creí que no habían quedado supervivientes —replicó con marcado cinismo el Gran Zurlín.

Poco después llegaba a la base, donde la guardia custodiaba a los recién llegados en un descampado entre rocas.

Era totalmente oscuro y sólo unas lámparas especiales alumbraban la explanada.

—Acérquense —ordenó el Gran Zurlín chapurreando el lenguaje de Anaconda.

Renni y el profesor obedecieron.

Siempre escoltados y vigilados por la guardia siguieron al Gran Zurlín hasta una cueva.

Dentro de una cavidad natural, el Gran Zurlín tenía su cuartel general.

Los introdujo en una sala subterránea con paredes de roca viva y algunas puertas practicadas para comunicar con las distintas dependencias.

—Bien. Si queréis hablarme podéis hacerlo ahora. Pero primero decid quién os ha informado de mi paradero.

Fue Renni el que replicó:

—Esto no hace el caso, Zurlín.

—Gran Zurlín —rectificó el aludido con marcado énfasis.

—Más bien miserable y asesino Gran Zurlín —espetó Renni.

—¿Has venido a insultarme? ¿Sabes que sólo tengo que pronunciar una orden para que mi guardia te aprese? Puedo experimentar contigo algunos nuevos descubrimientos, piloto insolente. Sí, creo que mereces una lección.

—¡Espera, Gran Zurlín! He venido como piloto jefe a declararte la guerra.

—¿Qué estás diciendo?

—Has arrasado nuestro Anaconda y nos has dejado sin lugar donde habitar.

El Gran Zurlín sonrió.

—¿Queréis vengaros, eh? ¿Cuántos sois?

—Los suficientes para aplastarte.

—Puedo aniquilaros a todos en cuanto me lo proponga.

—Esto es solamente una bravata, Gran Zurlín.

—Está bien. Acepto tu reto. Podéis venir a atacarme cuando deseéis. Os aseguro que sabré haceros los honores.

—No, Gran Zurlín. Si no te importa seré yo quien elija el terreno.

—Tú has venido a provocarme. Si quieres algo, aquí te esperaré.

—Está bien. Si así lo deseas…

Sacó un control remoto y pulsó el botón.

—La guerra ha empezado en este mismo momento.

El Gran Zurlín escuchó varias explosiones.

Los pequeños cañones acoplados a la nave habían efectuado los disparos impulsados por el control remoto.

El edificio de la base estalló y varios hombres del Gran Zurlín, que custodiaban la nave, cayeron víctimas de las explosiones.

—¡Prendedles! —ordenó el Gran Zurlín sin saber exactamente lo que ocurría.

Los cuatro guardas presentes en la entrevista sacaron sus armas, pero más rápido el piloto, extrajo su pistola paralizadora que había vuelto a recargar y se anticipó en los disparos.

—¡Salga, Zoder! —exclamó.

El Gran Zurlín corrió para escapar por una abertura temeroso de que cualquiera de aquellas balas pudiera alcanzarle a él.

Hasta entonces nadie había osado plantarle cara en su guarida y su furor no tenía límites.

Llamó a grandes voces a su ayudante.

—¡Prepara una carga para perseguir a esos hombres! —ordenó.

Entretanto, Renni y el profesor corrían hacia la cercana base.

Algunos guardas habían corrido a reemplazar a sus amigos y comenzaron a utilizar sus fusiles atomizadores.

—Van a pulverizamos —exclamó el profesor.

—Voy a mantenerles a raya. Usted diríjase a la nave. Dese prisa, voy a cubrirle.

Se habían metido en un pequeño cráter y Renni asomó ligeramente la cabeza.

Inmediatamente saltó fuera y comenzó a disparar.

Los guardas se protegieron detrás de una roca.

—¡Corra, Zoder! —gritó el piloto, mientras seguía disparando.

El profesor salió del cráter y enfiló por el lado opuesto.

Los guardas estaban demasiado ocupados para poder impedir que el profesor llegara a la nave, pero inesperadamente aparecieron nuevos refuerzos.

Renni lo advirtió y pulsó de nuevo el control remoto.

Los cañones vomitaron fuego y la carga sorprendió a los refuerzos. Algunos saltaron destrozados, mientras otros retrocedían buscando un sitio donde guarecerse.

El profesor había llegado a la nave, y se metió en su interior junto a los mandos.

Varios guardas intentaron acercarse.

Entonces fue el propio Zoder quien graduó los cañones y abrió fuego mientras ponía en movimiento el bólido en dirección a donde se hallaba Renni.

Pero mientras tanto, el ayudante del Gran Zurlín estaba cargando el primer contingente de robots-miniatura en una pequeña nave.

El Gran Zurlín exclamó:

—Date prisa. Ahora es cuando quiero terminar con toda la raza de Anaconda.

CAPÍTULO XXIII

El profesor aproximó la nave a Renni, que salió de la roca disparando sin cesar.

Subió rápidamente a bordo y el profesor apretó la palanca hasta el fondo.

La nave ascendió vertiginosamente, perdiéndose inmediatamente de vista.

—Mis robots —exclamó el Gran Zurlín.

—Listos, Gran Zurlín —repuso el ayudante.

La pequeña nave llevando veinticinco de aquellos muñecos siguió teledirigida tras el bólido de Renni y el profesor Zoder que detectaron su persecución.

—Creo que todo marcha bien —dijo Renni.

—Ese bólido corre mucho. Si nos alcanza en vuelo estallaremos.

—Deje, profesor. Yo llevaré la nave.

El pequeño bólido con el ejército miniatura seguía a ritmo vertiginoso la marcha.

Desde la base del satélite, el Gran Zurlín seguía el rumbo a través de una pantalla.

—Se dirigen hacia el planeta transparente —observó el ayudante del Gran Zurita.

—No importa. Mis robots destruirán todo lo que encuentren a su paso —replicó el rebelde, seguro de sí mismo.

Sobre la superficie del planeta todos los supervivientes varones de Anaconda esperaban el momento de actuar, cuando a lo lejos divisaron la estela luminosa de la nave.

—¡Ahí viene! —exclamó alguien.

A escasa distancia seguía el bólido con los robots del Gran Zurlín que había reducido distancias.

Momentos después la nave de Renni aterrizaba.

—Ha llegado al planeta —informó el ayudante del Gran Zurlín.

—Que mi bólido le siga.

Entonces el Gran Zurlín vio a los hombres.

—Ahí está su ejército. Ninguno de ellos lleva armas —rió de buena gana, aunque sus carcajadas nerviosas sonaban a ambición, a venganza a sed de muerte y destrucción.

—Salte, profesor —dijo Renni apenas tomaron contacto con el planeta.

—Pero…

—Dese prisa. El robot-monstruo no tardará en aparecer.

—Usted no puede quedarse en la nave, Renni. Sabe que es peligroso.

—Baje de prisa —repitió Renni, y el profesor obedeció.

El robot-monstruo no tardó en materializarse, pero aquella vez no era sólo uno. Tras él surgió otro y otro.

Los tres se deslizaban sigilosamente hacia la nave en el momento que el bólido con los muñecos se posaba sobre la superficie transparente del planeta.

Inmediatamente Renni despegó.

Uno de los robots-monstruo intentó paralizarle, pero la proximidad del otro bólido le hizo desistir para intentar engullirlo.

La pantalla del Gran Zurlín había quedado oscura.

—¿Qué ha sucedido? —gritó.

—No se trata de ninguna avería. Es una interferencia.

—¿Qué clase de interferencia? —continuó gritando el Gran Zurlín.

Ignoraba la existencia de aquellos gigantescos habitantes con su poder para paralizar transmisiones de toda clase.

Así no pudo ver cómo el bólido y los robots-miniatura eran engullidos por el robot-monstruo.

El Gran Zurlín había perdido el primer *round*.

Cuando la imagen reapareció, el rebelde continuó viendo a los hombres de Renni, sin el menor rastro de su bólido.

—¿Qué ha pasado? No me lo explico. Hay que disponer una nueva expedición. Prepara dos bólidos. ¡De prisa! ¡Quiero ver el fin de esos hombres!

Y los bólidos no tardaron en despegar.

Aquella vez el ayudante del Gran Zurlín había duplicado la carga. Eran cincuenta muñecos destructores los que iban en los dos

bólidos.

Poco después y con escaso intervalo, los bólidos llegaban al planeta transparente, y al igual que en la anterior ocasión el Gran Zurlín se quedó sin ver lo que ocurría.

—¡Es una interferencia del planeta! —exclamó el ayudante.

—¡Maldita sea! Quiero saber lo que ocurre.

Y lo que ocurría era parecido a lo mismo de antes.

Los robots-monstruo, ante la proximidad del objeto metálico engulleron las dos pequeñas naves.

Dentro de sus cuerpos metálicos ninguno de ellos estalló y más tarde el Gran Zurlín ordenaba el envío de una expedición masiva.

Varios bólidos salieron cargados hasta los topes con aquellos muñequitos.

Renni sobrevolaba la superficie del planeta y al detectar el nuevo envío pensó que tal vez eran demasiados, incluso para los robots-monstruo.

* * *

Los bólidos se aproximaban y Renni graduó los cañones de la nave. Esperó el momento oportuno y soltó el primer disparo que alcanzó de lleno una de las naves enemigas.

El impacto atravesó el bólido e hizo estallar la carga de muñecos.

Una gran bola de fuego se formó en el espacio para perderse sin control en las profundidades.

Disparó otra vez.

Otro bólido corrió la misma suerte que el primero, pero tres de aquellas naves llegaban ya a la superficie del planeta. Los robots-monstruo parecían esperarlas y pelearon entre sí para poseerlas.

Habían surgido nuevos robots-monstruos y a medida que los artefactos se aproximaban los paralizaban con sus tentáculos.

Desde lo alto Renni seguía disparando contra los que continuaban llegando.

En la base, antes de cerrarse la conexión obstruida por la influencia magnética de los robots-monstruo el Gran Zurlín vio la nave de Renni disparar.

—Reúne a los hombres. Ahora atacaremos nosotros —dispuso y añadió—: Nos llevaremos todos los muñecos que podamos.

Aquella vez, el Gran Zurlín no estaba dispuesto a perder la partida.

CAPÍTULO XXIV

Cincuenta naves con hombres y muñecos surcaron el espacio.

Desde su nave Renni pasó una orden a través del transmisor. A corta distancia la influencia de los monstruos no obstruía la comunicación.

—Preparados todos. Ésta es la batalla decisiva.

Todo el armamento eran escasas pistolas de rayos de corto alcance, algunos sólo podían empuñar palos o estacas, lo cual era un pobre bagaje ante el bien pertrechado ejército del Gran Zurlín que si no era excesivamente numeroso, sí era superior en poder.

Renni seguía solo en su nave y preparaba los cañones.

Los primeros bólidos enemigos no tardaron en aparecer. Renni fue el primero en disparar.

Una vez más dio de lleno y consiguió hacer estallar una carga de muñecos.

El Gran Zurlín ordenó replicar el ataque y varios cañones escupieron rayos en busca de la nave del piloto solitario.

Renni pudo esquivar con habilidad para pasar de nuevo al ataque.

Otro impacto y otra bola de fuego hundiéndose en los abismos del espacio.

Los monstruos levantaban sus tentáculos en busca del primer contingente metálico que se aproximaba.

El Gran Zurlín advirtió entonces cuáles eran los aliados de su rival.

—Soltar los muñecos —ordenó—. Hay que bombardear el planeta para acabar con esos monstruos.

La orden fue cumplida de inmediato.

Utilizando los propulsores de que iban provistos los robots para que al ser arrojados no flotaran por el espacio, fueron arrojados hacia la superficie.

Una auténtica lluvia de miniaturas pobló el espacio.

Renni se batía desesperadamente y casi todos sus disparos alcanzaban un blanco u otro.

En la superficie los robots-monstruo atacaban en vuelo a los soldaditos metálicos.

Algunos quedaban paralizados, otros pasaban inmediatamente a la boca de los extraños seres.

Las explosiones se sucedían en el aire y una de las naves tripulada por hombres se posó en el planeta transparente.

Los combatientes bajaron rápidamente, mientras uno de los robots-monstruo se aproximaba para alcanzar la nave.

Los hombres de Anaconda se aprestaron a la lucha.

A los rifles de rayos de la guardia del Gran Zurlín, oponían sus pistolas en lucha a escasa distancia.

Los rayos, al entrecruzarse taladraban la oscuridad, y desde arriba el estallido de las explosiones parecía enardecer a los monstruos-robot.

La lucha se prolongó.

Un nuevo contingente de hombres del Gran Zurlín alcanzó el planeta y los defensores abordaron materialmente a los que iban surgiendo del interior del bólido.

Las estacas, como en las remotas luchas, actuaron con contundencia y eficacia en aquella batalla que lo prehistórico se unía a los avances más modernos de la técnica.

El Gran Zurlín, lleno de ira, viendo como estaba perdiendo al ejército automático en quien había puesto todas sus esperanzas, se lanzó a la caza de Renni.

—Morirás, maldito piloto —exclamó.

Entre los dos hombres se entabló una lucha titánica.

El Gran Zurlín pulsaba todos los tubos a la vez con la esperanza de perforar la nave de su rival.

Renni demostraba una gran preparación en aquella clase de luchas. Esquivaba para pasar rápidamente al ataque.

Los robots-monstruo daban cuenta de los últimos muñecos que caían sobre el planeta sin alcanzar siquiera su superficie.

En medio de aquel terrible caos llegaron otras naves.

Fue el profesor Zoder quien tuvo un presentimiento.

—¡Son de Cirro! Han venido a ayudarnos.

En efecto. El administrador general y el ejército regular acudían con las viejas armas.

Cuando estuvo próximo y la comunicación fue posible, el administrador general anunció:

—Hemos detectado parte de la lucha. No podíamos dejarles solos.

Los refuerzos hicieron comprender a los hombres del Gran Zurlín que ya poca cosa tenían que hacer.

El jefe se lanzó decidido, obcecado por la ira a embestir a Renni que descendía al planeta.

Llegó al punto justo donde los tentáculos de los robots-monstruo ejercían su influencia.

Ya no podía seguir, si no quería ser absorbido.

Saltó.

El bólido del Gran Zurlín fue a estrellarse contra la nave de Renni cuando éste la había abandonado. En su marcha vertiginosa se estrelló contra el suelo.

Poco después otro robot-monstruo daba cuenta de ella.

Así desapareció el hombre que tanto daño había causado.

Ya no quedaban muñecos y los hombres del Gran Zurlín que habían sobrevivido, se rindieron.

Hasta entonces, cuando el silencio volvió a enseñorearse de aquella zona del espacio, nadie había advertido que algunos destornilladores que los hombres llevaban en el equipo emitían un prolongado zumbido.

Cuando el administrador general bajó a la superficie para hacerse cargo de los presos, aclaró respecto al zumbido:

—Posee la misma frecuencia de onda que los aparatos del Gran Zurlín e idéntica a la de las explosiones. De este modo él podía saber si los artefactos que mandó a Anaconda habían estallado, ya que después de producirse la explosión, el metal originaba el zumbido que se transmitía por el éter hasta su base.

Seguidamente se inició el regreso, y el administrador general fue quien anunció:

—Amigos. Se han ganado un puesto destacado en Cirro. Pueden venir con sus esposas, sus familias. Serán bienvenidos.

* * *

Quedaba algo que hacer todavía. Era el remate final.

Una comisión visitó el vacío satélite donde el Gran Zurlín tenía instalado su cuartel general.

Quedaba todavía una ingente cantidad de muñecos.

Colocados los explosivos, fue el propio Renni quien los hizo estallar.

La superficie del satélite tembló. Luego, cuando la comisión encabezada por el piloto Renni remontó el vuelo, el satélite comenzó a convulsionarse y lentamente empezó su desintegración, como si una fuerza superior quisiera borrar el nefasto lugar donde un hombre planeó la destrucción y sembró el horror.

Una masa ingente de lava se removió. Toda la tierra pareció hundirse y el satélite, en un estallido final, desapareció por completo.

EPÍLOGO

En Cirro había empezado una nueva vida.

Renni entró a formar parte del personal de defensa, pero dada la escasa actividad tenía mucho tiempo libre. Claro que tenía con quien emplearlo.

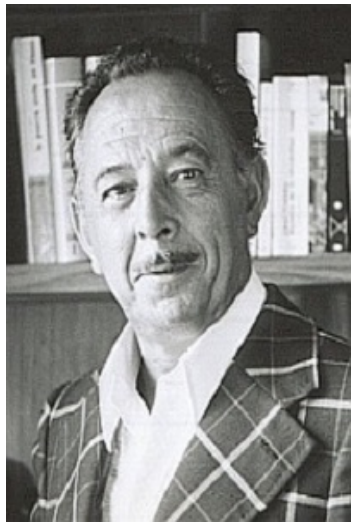
Sharma le esperaba en el hogar que los dos habían fundado.

Lentamente ella iba olvidando el triste pasado. Luego los dos mirando la exuberancia del paisaje y saboreando el templado clima, se besaban.

—Es hermoso esto —murmuró ella.

—Sí, querida, muy hermoso —replicó Renni, pero no miraba el paisaje, miraba a la mujer.

FIN



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana. Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H. S. Thels, W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidéreo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.